EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN CORPUS DE SANGRE,

MELODRAMA EN SEIS CUADROS Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 8.
1861.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae .. resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Ferna
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera.
Los pecados de los padr
Los inñeles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreñ
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarg

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

69

UN CORPUS DE SANGRE,

MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO,

DIVIDIDO EN SEIS CUADROS,

POR

DON JUAN BELZA.

Representado por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro de Novedades el dia 7 de Diciembre de 1861.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

AL SEÑOR DON MANUEL ANGELON.

Tu nombre al frente de esta obra, y particularmente en Cataluña, es ya una garantia: al dedicártela me honro y es honrada.

Hace dos años te pedí licencia para utilizar en mi drama los personajes de la bellísima novela que lleva el mismo título, debida á tu delicada pluma, y fuiste tan complaciente que me autorizaste para todo.

Victor Sejour me ha proporcionado, con su *Compere Guillery*, muchos de los mejores efectos que en la misma descuellan, de lo que viene á resultar que yo no soy mas, en esta ocasion, que un pobre zurcidor, que á caza de efectos escénicos, he procurado dar á mi drama colorido y localidad. ¿Lo he conseguido? Creo que si: el éxito que en Madrid ha obtenido es harto lisonjero, para que no me prometa en Cataluña, en ese pais tan entusiasta de sus glorias, tan entusiasta por la libertad y donde en mi desgracia hallé una acogida tan lisonjera que no olvidaré jamás, una benevolencia superior á mis esperanzas. En último resultado á tí y á Victor Sejour lo debo; para ambos, cualquiera que sea el éxito de mi obra, son los aplausos que recibe, y mas particularmente para tí, que me has inspirado la concepcion de la misma.

Juan Belza.

607848

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con los quo haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA BLANCA DE PIMENTEL.	Doña Maria Rodriguez.
LUCIA.....	Doña Gabriela Romeral.
D. PEDRO LUIS DE LA ROCHA, ó sea Roque Quinart.....	D. Juan de Alba.
GUILLERMO (Bigotazos).....	Eduardo Cortés.
ROBERTO (Mala alma).....	Antonino Bermonet.
D. JUAN DE TOLEDO, Marqués de Villa-Franca.....	Eduardo Iroba.
MAESE ROGER.....	Ceferino Hernandez.
CRISTÓBAL (Poca Pena).....	Alejandro Olaso.
TALLA-FERRO.....	José Mesejo.
MARTIN.....	Ramon de Guzman.
UN ALFEREZ.....	Cárlos Sanchez.
UN INDIVIDUO DEL CONSEJO DE CIENTO.....	José Tell.
UN ALCALDE.....	Dalmacio Detrell.
UN FAMILIAR DE LA INQUISICION.....	José Manero.
CARCELERO 1.º.....	José Diez.
CARCELERO 2.º.....	Juan Pall.
SOLDADO 1.º.....	José Bullon.
SOLDADO 2.º.....	Juan Fó.
CENTINELA 1.º.....	José Bullon.
CENTINELA 2.º.....	Antonio Peralta.
ALGUACIL.....	Pedro Saez.

Bailarines y Aldeanos de ambos sexos, Síndicos de los Gremios, Familiares de la Inquisicion, Alguaciles, Guardias, Concelleres, Guerrilleros, Malandrines, Soldados y Pueblo [1].

Año 1640.

---

1 En los teatros que, por el excesivo gasto escénico, no pudiesen poner en escena el cuadro quinto, el autor autoriza la supresion del mismo, quedando justificado, con suprimir en el sexto las palabras que aparecen subrayadas en boca del Carcelero.

CUADRO PRIMERO.

EL ROBO DE LA LITERA.

Sitio agreste y escarpado en las montañas de Monserrat. En el segundo término de la derecha, una ermita, sobre cuya puerta se descubre á manera de retablo, la imágen de Santa Eulalia: una pequeña cuesta conduce á la entrada de la ermita. Al fondo, grandes rocas que dejan ver por entre sus quiebras la espesura del bosque: árboles copudos á uno y otro lado.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, que acaba de llegar y dirige á todas partes sus miradas.

Nadie... y sin embargo, este es el sitio de la cita. ¿Habrá habido contra-órden? No es posible: por ahora, nuestro campo de operaciones es este. Esperemos. (Despues de una pausa.) Siento ruido... hácia aqui se dirigen dos hombres por el sendero de la ermita... ¿serán ellos? No, parecen caballeros... me ocultaré. (Se esconde precipitadamente detras de un árbol.)

ESCENA II.

El MARQUÉS DE VILLA-FRANCA y ROGER.

MARQ. No podeis imaginaros, amigo Roger, cuánto celebro

haberos hallado.

ROGER. Y como no creo que solo mi vista sea la causa de vuestra satisfaccion, me doy el parabien de que se presente una oportunidad en que pueda serviros.

MARQ. (Sonriendo.) Siempre tan perspicaz.

ROGER. Favor que me dispensais, señor Marqués. El hecho es que vengo de vender un misal al cura del pueblo inmediato, y no pudiendo resistir al deseo de entrar, antes de volver á Barcelona, en esa capilla consagrada á santa Eulalia, á quien tengo gran devocion, me dirijo á este sitio, y dá la casualidad que os encuentro en mi camino...

MARQ. Casualmente vine yo tambien á este sitio á cumplir una promesa, y he tenido el gusto de encontraros; pero el tiempo urge, y el asunto de que vamos á ocuparnos es de suma importancia. Este paraje parece desierto... y por eso os he suplicado que nos separásemos un momento del camino.

ROGER. Podeis hablar con entera confianza.

MARQ. Deciais que os alegrabais de que se os ofreciese una ocasion de servirme, y no os habeis engañado. Pronto necesitaré de vuestra ayuda.

ROGER. Comprendo... Se trata del negocio de que me hablasteis tiempo há, ¿no es cierto?

MARQ. Precisamente.

ROGER. Si no me es infiel la memoria, me propusisteis la simulacion de cierto documento...

MARQ. Proposicion que ni aceptasteis ni rechazasteis, por entonces.

ROGER. Por razones de moralidad únicamente. Sabeis los deberes que mi cargo me impone; soy escribano: nosotros los depositarios de la fé pública debemos mostrarnos severos, incorruptibles!... (Variando de tono.) ¿Y cuánto creeis que pueda valerme la falsificacion de ese documento?

MARQ. Tres mil escudos.

ROGER. Ahora me indicareis en qué forma es preciso extender ese papel...

MARQ. Hay que fingir un escrito firmado por el conde de Alba-de-Torres, al tiempo de su fallecimiento, en el que se supone ordena á su hija, que al cumplir los veinte años se case conmigo, don Juan de Toledo, marqués de

Villa-franca.

ROGER. Por lo visto, es una última voluntad en regla lo que deseais...

MARQ. Con vuestra rúbrica y vuestro sello...

ROGER. Está bien. ¿Y cuándo os hace falta?

MARQ. No tenemos tiempo que perder. Doña Blanca, hija del de Alba-de-Torres y actual condesa del mismo título, nació en veinticuatro de febrero de mil seiscientos veinte, y estamos á veintidos del mismo mes, de mil seiscientos cuarenta, de modo, que para que la voluntad de su difunto padre se cumpla, solo faltan dos dias.

ROGER. Dentro de veinticuatro horas tendreis en vuestro poder el escrito.

MARQ. Yo mismo iré á recogerlo.

ROGER. Ya sabeis las señas de mi casa... en Barcelona... plaza de San Jaime.

MARQ. Si, si, no faltaré.

ROGER. Con la suma convenida.

MARQ. Por supuesto.

ROGER. Podeis daros por casado... respondo de ello.

MARQ. No sabeis cuánto os agradezco...

ROGER. Y debeis agradecérmelo, pues no tanto lo hago por vos, como por los tres mil escudos... Es decir, al contrario... mas bien por vos, que por los tres mil escudos.

MARQ. Gracias, Roger; conozco que me apreciais de veras.

ROGER. Conque hasta mañana.

MARQ. Hasta mañana. (Roger toma el camino opuesto á la entrada de la ermita.)

ROGER. (Tres mil escudos, bien valen la pena de cometer un pecadillo venial.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS DE VILLA-FRANCA.

¡Excelente idea la mia!—¿A quién, sino á ese hipócrita avaro, hubiera podido dirigirme? El oro le ha deslumbrado... y á fé que nunca pagaria demasiado cara la felicidad que me espera... Blanca será mi esposa, y pronto veré realizado ese venturoso sueño. Positivamente soy el hijo predilecto de la suerte. Por un lado el suspirado enlace con Blanca; por otro, el despacho de ca-

pitan que acabo de recibir de mi amigo el Conde-duque. Bueno es contar con el apoyo del valido; tarde ó temprano, me ha de servir para escalar el poder... volvámonos ahora á Barcelona... Verdaderamente no he perdido el dia. (Váse.)

ESCENA IV.

GUILLERMO, que sale de su escondite, y sigue al Marqués con la vista, hasta que desaparece.

Hola, hola, señor Marqués de Villa-franca, ¿conque os lisonjeais con la esperanza de un casamiento forzado, que os hará entroncar con una de las familias mas ricas é ilustres de España? Veo que no hice mal en esconderme, y no me pesa haber sorprendido vuestra conversacion con ese miserable. Al fin es un secreto que puede servirnos de mucho, ya que pronto sereis uno de nuestros mas encarnizados perseguidores, asi como sois particular y mortal enemigo del capitan. (Se oye un silbido.) ¡Bueno! Esa es la señal. (Haciendo señas.) ¡Eh, por este lado!

ESCENA V.

GUILLERMO, CRISTOBAL, TALLA-FERRO y ROBERTO.

CRIST. Ya estamos aqui.

GUILL. Dios os guarde, camaradas.

TALLA. ¿Qué nuevas hay?

GUILL. Buenas y malas.

CRIST. ¿Estuviste en Barcelona?

GUILL. Estuve.

TALLA. ¿Y cómo has encontrado el ánimo del pueblo?

GUILL. Como es de presumir.—Los impuestos agobian cada vez mas á los desgraciados catalanes, con motivo de la desastrosa guerra que ha emprendido España contra los franceses. Inútiles son sus clamores porque se observen sus antiguos privilegios; la voluntad despótica del virey lo atropella todo... He presenciado escenas dolorosas, y creed que, aunque bandido, me han destrozado el alma.

TALLA. ¿Bandido dices?... No, ya no somos bandidos... sino ciudadanos, cuyos derechos se desconocen, y que con las armas en la mano combaten por la causa de la libertad.

CRIST. Si, si; los que pelean en defensa de sus hollados fueros no son bandidos.

TALLA. (Á Roberto.) ¿Distribuiste las armas?

GUILL. Cuantas me disteis... y con ellas he armado á los nuevamente reclutados; hombres todos de arrojo y decision.

TALLA. ¿Son muchos?

GUILL. Unos ciento, que ya podemos contar entre los nuestros.

CRIST. La cosa marcha. El dia de nuestra independencia no está lejano. Pronto podremos medir nuestras fuerzas con las tropas reales, y entonces...

TALLA. A fé de Talla-ferro, no he de quedarme corto en la refriega.

CRIST. Ni yo.

GUILL. Espero que nuestro bravo capitan sabrá conducirnos á la victoria...

TALLA. A propósito, ¿qué es de Roque Guinart?

GUILL. Se ignora: hace dos dias no sabemos de él... Pero esto no debe inquietarnos. Sabeis no es la primera vez que desaparece de entre nosotros, y estas desapariciones son siempre de buen agüero, porque generalmente preceden á alguna arriesgada empresa, en la que hay con profusion tajos y cuchilladas que repartir.

ROBER. Yo creo, por el contrario, que son de otra clase los negocios que ahora le traen ocupado. Los lances amorosos son aun su entretenimiento favorito, y los años no le han hecho perder su antigua costumbre de requebrar á cuantas mujeres se le presentan... En tal caso, bien empleado os está: en perjuicio mio le elegisteis capitan, y algun dia llegareis á arrepentiros.

GUILL. ¿De veras? Pues ándate con cuidado en murmurar de Roque Guinart como acostumbras, porque te costará caro; confórmate con tu buena ó mala suerte, ó lárgate de nuestro lado, que para nada te necesitamos.

TALLA. Lo mas extraño es, que Roque confiesa que no ha amado en su vida.

CRIST. Por eso hay quien dice que si gusta tanto de galanteos y se complace en burlar mujeres, es porque encuentra

en ello el placer de la venganza... Ya sabeis la historia de su pobre hermana... Deshonrada por el hijo del Marqués de Villa-franca... Buscó un refugio á su desgracia en el convento de Pedralves, donde permanece aun encerrada... Don Pedro Luis de la Rocha, entonces, hizo pedazos el escudo de sus armas, incendió su castillo, se llamó Roque Guinar, y juró una venganza terrible al Marqués. Pero miradle... ¿no hablabamos de él?—Allí viene.

TALLA. ¡Calla! Es verdad... Y dando el brazo á Lucia la molinera.

ROBER. ¡No lo dije!... Ya hemos descubierto la causa de su desaparicion.

GUILL. ¡Bravo!... parèce que se trata de una boda, y nuestro capitan vá á la cabeza, como si marchase al frente de sus guerrillas. (Ruido de flautas, panderos y otros instrumentos campestres. Entra por el foro un grupo de aldeanos, delante de los cuales vá Lucia en traje lujoso de payesa, del brazo de Roque Guinart.)

ESCENA VI.

DICHOS, ROQUE GUINART, LUCIA, MARTIN, acompañamiento de aldeanos.

MARTIN. (Enseñando á los aldeanos á Roque Guinart y Lucia.) Miradlos qué buena pareja hacen. ¡Es mucha mujer mi Lucia! Y no hay que murmurar... Si permito que otro dé el brazo á mi esposa, es porque quiero, lo entendeis?... Es antiguo amigo de mi mujer... le hemos encontrado al paso, y por no disgustarla, he consentido en que hiciese mis veces el primer dia de mi boda. (Voces y carcajadas de los aldeanos.) No hay que murmurar, digo... Cuidado con que me tomeis en lenguas. No creais que soy uno de esos maridos... ¡pues!... yo me entiendo... ¡brrr!... ¡bonito genio tengo yo! ¡Hagamos alto aqui! Muchachas otro poquito de baile, y echar un trago. (Baile titulado el ball-rodo de Cataluña.)

ROQUE. (Bajo á Lucia.) ¿Cómo te has podido decidir á casarte con ese Martin, que es la estupidez misma!

LUCIA. ¿Y qué habia de hacer? Las muchachas no estan para perder su tiempo... luego, vos con todos vuestros arrumacos, no habeis querido casaros conmigo.

ROQUE. Qué quieres, encantadora Lucia, el matrimonio no es mi fuerte.

LUCIA. (Con candidez.) Pues cuando veniais de noche á verme al molino, bien os gustaba contarme cuentos de duendes y de aparecidos para que me asustara, y tomando los sacos de harina por fantasmas, me refugiase temblando en vuestros brazos.

ROQUE. ¿De lo cual te arrepientes?

LUCIA. ¿Cómo no, si estoy casada? Asi, pues, de hoy en adelante, no me habeis de decir, bonitos ojos tienes. (Todo este aparte lo entretiene Martin dando de beber á los mozos.)

ROQUE. ¡Bah! Yo siempre soy el mismo con las muchachas que quiero, y que me son simpáticas.

LUCIA. Pero mi marido...

ROQUE. ¿Quién? ¿Ese tonto?

MARTIN. (Frotándose las manos.) Vamos á ver, caballero, ¿de qué hablais á mi mujer?

ROQUE. La estaba haciendo un pequeño discurso sobre los deberes del matrimonio.

MARTIN. Eso, eso; asi me gusta.—Ya lo sabes, paloma; es preciso que hagas todo lo que el señor te diga.

LUCIA. (Bajando la vista.) Procuraré obedecerte.

MARTIN. Á los aldeanos. ¡Ea! En marcha. No nos detengamos. La tarde está avanzada, y es peligroso andar de noche por estos vericuetos de Monserrat, que estan infestados de ladrones.

ROQUE. Adios, Lucia; yo me quedo aqui. Sigue á Martin, y Dios os haga felices. (Bajo á Lucia.) Fuerzá es que olvides nuestros antiguos devaneos... ese es tu deber, todo lo demas ha sido una broma.

MARTIN. (Saludando de un modo particular y grotesco á Roque Guinart.) Dios os guarde, caballero... Ahora vamos á Barcelona, donde mi Lucia y yo entramos desde mañana al servicio de la señora condesa de Alba-de-Torres, prometida del señor Marqués de Villa-franca... conque si algo se os ofrece...

ROQUE. (¡Villa-franca! ¡siempre ese hombre!...) Gracias, amigo: hasta la vista.

MARTIN. (Dirigiéndose á los aldeanos.) Sonad esos panderos... Ven tú acá, paloma mia... toma mi brazo... Yo tambien quiero ser galante contigo. (Vánse.)

ESCENA VII.

ROQUE GUINART, TALLA-FERRO, ROBERTO, CRISTOBAL y GUILLERMO.

TALL. Salud, capitan. Al fin parecisteis.

ROQUE. ¡Ah! ¿sois vosotros? Cristóbal, Tallaferro, Roberto... mi leal Bigotazos... (Les estrecha las manos.)

CRIST. ¡Los mismos, voto á brios! que estan disgustados de vuestra conducta.

ROQUE. ¿Y cuáles son vuestras quejas?

GUILL. Cualquiera, á no conoceros, creeria que nos habiais abandonado.

ROQUE. Habeis hecho bien en no sospechar de mí... no he perdido el tiempo durante mi ausencia, mis bravos leones!...

ROB. ¡Ya! requebrando muchachas, se comprende... pero nosotros poco tenemos que agradeceros... Tal es mi opinion...

ROQUE. Os equivocais. ¿Sabeis dónde he estado? En Barcelona: aunque para explorar la ciudad habia de antemano mandado á mi fiel Bigotazos, juzgué conveniente asegurarme del estado de las cosas por mí mismo, y allá fuí con gran riesgo de mi vida, pues acaso en este instante está puesta á precio mi cabeza... pero ¿eso qué me importa, cuando se trataba de vosotros, y sobre todo, de la independencia de nuestro pais...

CRIST. Siendo asi, os pedimos perdon por nuestras indignas sospechas.

GUILL. Con razon llaman á Roque Guinart el osado entre los osados... el valiente entre los valientes...

ROQUE. Juzgad, por lo que á deciros voy, si merezco ese nombre.

ROB. (Con indiferencia.) ¡Veamos!

ROQUE. Oid pues.—Allí he sabido que el rey, ó el de Olivares, que es lo mismo, envia á Santa Coloma grandes sumas, que deben invertirse en la formacion de un cuerpo de ejército que ha de permanecer estacionario en Cataluña, á fin de proteger el paso de las demas tropas que se dirigen á Francia, para contrarestar las fuerzas de Condé.—El convoy que conduce el dinero, debe pasar por aqui dentro de breves minutos.

TALLA. Comprendo: un buen golpe de mano.

ROQUE. Dejadme acabar... Una vez dueños del dinero, podremos con él pagar nuestras tropas, entre las cuales empieza á cundir el descontento, es decir en algunos, (Con intencion y mirando á Roberto.) mientras que de paso quitamos estos recursos al virey. ¿Qué os parece la idea?

CRIST. Como vuestra. Bien decia Bigotazos, que meditabais alguna arriesgada empresa.

GUILL. Con eso recordaremos nuestras hazañas de cuando eramos salteadores.

TALLA. Yo, sin embargo, preferiria una accion ganada á las tropas reales.

ROB. (El entusiasmo de esta gente siempre es estúpido.)

ROQUE. Puesto que el plan os gusta, voy á daros las instrucciones necesarias... y manos á la obra. Tú, Guillermo, te emboscarás con diez hombres, en las ruinas inmediatas... Tú, Roberto, con igual número, te ocultarás en la hondonada de la cruz de piedra. Talla-ferro, con otros tantos, permanecerá en el sendero detrás de la ermita; yo quedaré en este sitio con Cristóbal y algunos de los mios, que ya tengo apostados, por ser el camino que probablemente ha de tomar el convoy. Al ruido de los disparos, todos corremos al lugar del combate.

GUILL. ¡Magnífico! Ya me parece estar en medio de la refriega.

ROQUE. Es que tú, mi viejo lebrel, te exaltas inmediatamente al olor de la pólvora. Ea, marchad á vuestros sitios: pero advierto lo que siempre: si en cualquier encuentro, en cualquier batalla, tropezais alguna vez con el Marqués de Villa-franca, su persona debe ser sagrada; su vida me pertenece. (Vánse todos, excepto Roque Guinart.)

ESCENA IX.

ROQUE GUINART y diez hombres ocultos y armados. Anochece.

ROQUE. (Á los suyos escondidos.) Bueno, pronto cerrará la noche. ¡Seguro estoy que han de pasar por aqui!... (Dirigiéndose á los que estan en acecho.) ¡Voto al diablo!... esconded bien esas carabinas. Ya no puede tardar ese maldito dinero. (Escuchando con ansiedad.) Si, si; distingo perfec-

tamente el resplandor de las hachas. Ellos son... ¡Alerta, compañeros!...

ESCENA X.

DICHOS, BLANCA dentro de una litera de viaje, rodeada de algunos escuderos, y precedida de cuatro sirvientes, con hachas encendidas, que la ván guiando.

ROQUE. (Saliendo con los suyos, al llegar la litera pausadamente al centro del teatro.) ¡Alto la litera! ¡No intenteis defenderos! (Los que vienen escoltando la litera, sacan las espadas con ánimo de defenderse. Los malandrines aparecen por distintos puntos. Apenas trabada la lucha, se abre la litera, y aparece en la portezuela, Blanca, de pié.—Á su presencia suspéndese el combate, y Roque Guinart se queda absorto contemplándola.)

BLANCA. ¡Por favor, caballeros... un momento! no hagais uso de las armas. Vuestras vidas son harto preciosas para mí, y las estimo en mas que un puñado de oro.

ROQUE. ¡Oh!... ¡qué celeste aparicion!... ¿Es una mujer ó un ángel? (Deja caer su espada, y como fascinado por la mirada de Blanca, no aparta de ella sus ojos: ella baja de la litera, y se dirige hácia Roque Guinart.)

BLANCA. Tomad mis joyas... allí las encontrareis.

ROQUE. (Descubriéndose.) Nosotros, señora, no somos salteadores.

BLANCA. Entonces, no acierto á comprender la causa de tan brusca acometida, en este sitio y á tales horas.

ROQUE. Tranquilizaos, señora: ningun daño intentamos haceros...

BLANCA. ¡Os explicareis de una vez!... Entonces, ¿con qué objeto habeis interrumpido mi viaje?

ROQUE. Es que... (No sé qué decirla.) ¡Ah! perdonadme, señora, la molestia que os he causado... pero ha sido por vuestro propio interés. Queria únicamente avisaros de que correis un riesgo inminente...

BLANCA. Hablad.

ROQUE. En las escabrosidades de estas montañas, hay ocultos una porcion de bandidos, que aguardan la ocasion de asaltar á un viajero. Hace un momento he visto llegar vuestra litera, y he pensado que estabais irremisiblemente perdidos, si no os salia al encuentro para preveniros. Los bandidos se encuentran apostados en esta di-

reccion; seguid vos la contraria, y estais salvados.

BLANCA. ¡Oh! gracias, caballero. Mi gratitud será grande, como lo es el servicio que acabais de prestarme. Me llamo doña Blanca Pimentel, condesa de Alba-de-Torres. Salgo del convento, donde me retiré á la muerte de mi padre, y me dirijo á Barcelona para dar mi mano á un hombre á quien apenas conozco. ¡Ay!... Asi lo quiso mi padre... No permita el cielo que yo sea una hija desobediente.

ROQUE. Yo, señora, soy... bien lo veis... poco menos que un bandido... Mi nombre es Roque Guinart, jefe de los guerrilleros que, desde estas breñas inaccesibles, defienden la independencia de su patria querida. Hacia mucho tiempo no habia hecho palpitar mi corazon otro sentimiento que el odio, ni ha agitado mi mente otro deseo que el de la venganza; pero ¡ay!... desde este instante, á vuestra sola vista, parece que mi alma se abre á una multitud de sentimientos nobles y delicados, de que se veia despojada... Este es mi brazo, señora, disponed de él desde hoy como de un instrumento ciego, que solo espera, para obedecer, vuestra voluntad... Poco vale la oferta, pero es cuanto poseo... un brazo de hierro, y un alma indomable...

BLANCA. Adios, caballero; he contraido con vos una deuda de reconocimiento, y espero tener la dicha de demostraros algun dia que no soy una ingrata. (Blanca desde la litera le tiende la mano, que él besa con respeto. La litera parte. Roque Guinart permanece mudo é inmóvil algunos momentos.)

ESCENA XI.

ROQUE GUINART.

¿No es un sueño?... La voz de esa jóven ha herido la fibra mas sensible de mi corazon... ¡Yo, el tigre de las montañas, me he sentido dominado por la fascinadora mirada de una mujer!... ¡Ah! ¡me parece increible!...

ESCENA XII.

ROQUE GUINART, CRISTÓBAL, GUILLERMO, TALLA-FERRO: llegan todos precipitadamente.

TALLA. Una litera ha pasado.

ROQUE. Si.

GUILL. ¿La habeis detenido?

ROQUE. Si.

ROB. ¿Y el dinero?

ROQUE. La litera continúa en paz por el camino de Barcelona; el dinero lo he respetado.

TODOS. ¡Cómo!

ROQUE. ¿Y qué diablos queriais que hiciese? Creí habérmelas con soldados que se defenderian hasta morir... en lugar de esto tropiezo con dos viejos escuderos y cuatro criados que guian perezosamente una litera, dentro de la cual vá una mujer... Yo no me bato con viejos, ni menos atropello mujeres.

TALLA. Pero, en fin, ¿qué habeis hecho?

ROQUE. ¡Pardiez! Ya os lo he dicho: suplicarla que se tranquilizase, y siguiese su camino, opuesto al en que estabais emboscados.

ROB. ¡Pero eso es una traicion! Despues de habernos consentido, y cuando el brillo del oro relucia ya á nuestra vista...

CRIST. Efectivamente, capitan; ¿os habeis vuelto loco?

ROQUE. Si, ¡loco de amor, segun presumo!

CRIST. ¿Y esa dama?...

ROQUE. Es Blanca, condesa de Alba-de-Torres.

GUILL. Esa mujer, entonces, es la prometida del Marqués de Villa-franca, el cual ha logrado convencerla, de que tal era la voluntad de su padre, y todo esto, merced á un escrito supuesto que deben falsificar para que la niña trague el anzuelo.

ROQUE. ¡Es verdad! Ella me lo acaba de decir.

GUILL. El Marqués es vuestro mortal enemigo.

ROQUE. ¡El Marqués!... ¡todavia ese hombre en mi camino! ¡Y trata de cometer una nueva infamia! ¡Oh! Yo debo impedirlo, y lo impediré á todo trance. Dadme un caballo... quiero alcanzarla... ella debe saber...

CRIST. Delirais.

ROQUE. ¡Unirse á ese miserable!...

ROB. ¿Por ventura no es libre?

ROQUE. ¡Oh! Yo lo impediré.

ROB. ¡Será tarde!

ROQUE. Me lanzaré si es preciso entre los dos, en el momento mismo que se postren ante el altar.

GUILL. Calmaos, capitan.

ROQUE. ¡Ese hombre es un miserable!

CRIST. ¿Y volvereis á entrar otra vez en Barcelona, donde segun dicen, está puesta á precio vuestra cabeza? ¡Seria una locura!... (Deteniéndole.)

ROQUE. (Haciendo un violento esfuerzo para desprenderse de él.) ¡Ira de Dios!... á los infiernos iré si es preciso. (Váse precipitadamente por la izquierda del actor.)

GUILL. ¿Á los infiernos?... pues vamos andando... yo no he de abandonarle.

CRIST. Ni yo...

TALLA. Ni yo...

GUILL Entonces, muchachos, sigámosle la pista; tal vez necesite de nosotros... le conozco bien y es capaz de hacer algun desatino... en marcha...

TODOS. ¡En marcha! (Vánse todos, excepto Roberto, por donde desapareció Roque Guinart.)

ROB. Vamos pues, y si la ocasion se presenta de deshacerme de ese hombre, á quien aborrezco, no la despreciaré... obremos, segun las circunstancias me aconsejen... Bigotazos es su perro de presa... ¿quién sabe? ¡Tal vez yo seré la víbora! (Váse por donde se fueron los demas.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

UNA APARICION AL TOQUE DE ÁNIMAS.

Una calle angosta de Barcelona, á espaldas de la catedral, que desemboca al fondo de la plaza de San Jaime. En segundo término de la derecha, la fachada trasera de la catedral con una puerta practicable, á la que se sube por una graderia de piedra. En primer término y separada de la fachada de la catedral, por otra calle, una hosteria, á cuya entrada hay una mesa y unos cuantos escaños de madera. Al lado opuesto haciendo frente á la hosteria, una casa con solo un piso, aunque algun tanto elevado sobre el nivel de la calle. La pared de la casa divide al teatro, de modo que se descubra el interior de ella, amueblado con sencillez. Entre los muebles habrá una mesa con tapete verde y recado de escribir, así como un armario llenos de legajos, de papeles.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, CRISTÓBAL, ROBERTO, TALLA-FERRO.

Al levantarse el telon aparecen sentados á la puerta de la hosteria bebiendo y conversando.

GUILL. Roque Guinart no parece; apostaria á que ha caido en manos de los agentes de Santa Coloma.

CRIST. ¡Es mucha audacia la suya! En vano quisimos dete-

nerle... de nada sirvieron nuestras razones, y al punto dió consigo en Barcelona. No sé qué demonio le ha sugerido tan descabellada idea.

ROB. ¿Qué demonio dices?... ¡Cuerpo de Dios!... ¿Cuál habia de ser sino la mujer de la litera?... Será preocupacion mia, pero en cuanto se mezclan mujeres en mis asuntos, todos se me desbaratan.

CRIST. ¡El capitan enamorado!... apenas lo puedo creer.

ROB. No cabe duda: esa condesa de Alba-de-Torres le ha barajado los sèsos.

TALLA. Roque Guinart es hombre que no dice en balde las cosas... ha jurado desbaratar el proyectado enlace de doña Blanca, y lo conseguirá.

ROB. Allá veremos. (Voces dentro y ruido de trompetas.)

TALLA ¿Qué rumor es ese? (Entra por el fondo precipitadamente una multitud de gentes del pueblo, entre los que viene Roque Guinart, y en medio un alcalde, seguido de dos alguaciles y dos trompeteros. Despues de un toque de trompeta, el alcalde desarrolla un pergamino y se dispone á leer. La muchedumbre guarda silencio.)

ESCENA II.

DICHOS: ROQUE GUINART, el ALCALDE y PUEBLO.

ALCAL. (Leyendo en voz ronca, y tosiendo á cada palabra.) «Nos... »don Dalmacio de Queralt... conde de Santa Coloma... »virey de Cataluña... (Se siente acometido de un nuevo golpe de tos.) por vida de la tos...

UN HOMBRE DEL PUEBLO. ¡Que lea otro por él!

TODOS. ¡Si, si; que se calle!

ROQ. Señor alcalde, si gustais haré vuestras veces, pues observo que la tos os impide seguir leyendo.

ALC. (Dándole el papel.) Tomad; os lo agradezco infinito... ya se vé... hace dos horas que ando por esas calles gritando á mas y mejor... asi es que estoy ronco como un jarro. (Roque Guinart, sobre uno de los escaños de la puerta de la hosteria: el pueblo aplaude.)

ROQUE. ¡Silencio! «Nos, don Dalmacio de Queral, conde de Santa »Coloma, virey de Cataluña, en nombre de nuestro rey »y señor don Felipe IV y del conde-duque de Olivares, »su primer ministro, hago saber á todos los súbditos

»catalanes: que habiéndose levantado varias partidas de »sediciosos y descontentos que se atreven á desconocer »nuestra legítima autoridad, todos aquellos que fueren »habidos, serán al punto ahorcados en la plaza pública, »lo mismo que los que esten en relaciones con ellos y »se pruebe que directa ó indirectamente les presten »algun auxilio.» (Murmullos de descontento de parte del pueblo.)

ROQUE. ¡Calle la turba! (Sigue leyendo.) «Asimismo hago saber: »que habiendo sido acusado el jefe de esas cuadrillas, »apellidado Roque Guinart, del crimen de lesa-majes»tad, traicion, incendio, robos y otros delitos, y recla»mando su castigo la vindicta pública, se ofrece la »suma de mil escudos de oro al que proporcione su »captura, á fin de que pueda hacerse el debido escar»miento.» (Nuevos murmullos.) Reflexionadlo bien, amigos mios, mil escudos al que ponga la mano encima de ese pícaro Roque Guinart. (La multitud se dispersa poco á poco.) (¡Vamos! por lo visto, á ninguno le hacen falta mil escudos.) (Baja del banco, y devuelve el papel al Alcalde.)

ALC. Os doy gracias, caballero, por vuestra bondad... ¿Vuestro nombre?

ROQUE. Don Pedro Luis de la Rocha, conocido vulgarmente por Roque Guinart.

ALC. (Sorprendido.) ¡Cómo! ¿He oido bien? ¡El jefe de los rebeldes!...

ROQUE. El mismo, cuya cabeza acabo de pregonar.

ALC. (Prorumpiendo en una carcajada.) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Vaya una ocurrencia!... Conque vos sois... ¡já! ¡já! ¡já!... Veo que gastais buen humor. (Volviéndose á los alguaciles.) ¡Pues no dice que es el jefe de los insurrectos!...

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!

ALC. Que os guarde Dios, buen hombre... Este será algun loco. (Vánse sin dejar de reirse.)

ESCENA III.

ROQUE GUINART, GUILLERMO, TALLA-FERRO, CRISTÓBAL.

GUILL. (Acercándose á Roque Guinart.) ¡Con tiento, capitan!... Ya empezais á hacer de las vuestras, y... temo que os cuesten caras algun dia.

ROB. (¡Mil escudos!... ¡La suma es bastante redonda!...)

ROQUE. ¡Hola, camaradas!... ¿Tambien vosotros por aqui?

CRIST. Allí donde os amenace un peligro, nos encontrareis siempre á vuestro lado.

ROQUE. Lo sé; pero ahora no se trata de peligros... ya habeis visto con qué serenidad los desafio... De lo que se trata... hoy...

GUILL. Si, si; de apoderarnos del escribano Carroño, que vive enfrente, ó por mejor decir, del documento que está encargado de falsificar.

ROQUE. ¿Cómo has podido adivinar?...

GUILL. Fácilmente: yo mismo os he dado las señas de su habitacion, poniéndoos antes al corriente de los planes que fraguan él y el Marqués de Villá-franca. Con fundamento supuse que á vuestra llegada á Barcelona, adonde primero os dirigiriais, seria á su casa. Hé aqui por qué no nos hemos apartado de este sitio, con ánimo de ayudaros en caso necesario...

ROQUE. No os faltará que hacer segun presumo.

ROB. (Si yo me atreviese... pero seria una infamia... dejemos correr el tiempo.)

CRIST. ¿Visteis á doña Blanca?

ROQUE. No; ni la veré, hasta que sea dueño de ese papel, que es preciso que posea á todo trance.

ESCENA IV.

DICHOS, ROGER, que entra en la escena en un desórden burlesco; su peluca está descompuesta y torcida; lleva un rollo de papeles debajo del brazo y un tintero de cuerno pendiente de un cinturon.

ROGER. ¡Vengo loco de alegria!... Al fin ese bandolero de Roque Guinart las ha pagado todas juntas. ¿Sabeis, amigos, el grave acontecimiento en que acabo de tomar parte?

ALGUNOS. ¡Hablad! ¡Hablad!

ROGER. ¿De veras no sabeis nada?

TODOS. No.

ROGER. El acontecimiento que acabo de anunciaros, ha tenido lugar á dos pasos de aqui, en la plaza de San Jaime... (Con mucho sigilo.) ¡Roque Guinart ha sido ahorcado! Asombro general.) Allí le teneis columpiándose en la hor-

ca con una gravedad que causa risa.

ROQ. (Adelantándose.) ¿Estais seguro, buen hombre? ¡Roque Guinart en la horca! ¡Es posible!

ROGER. (Remedándole.) ¡Es posible!... ¡si señor; y tan posible!... como que yo mismo he presenciado la ejecucion.

ROQ. Permitidme que no lo crea.

ROGER. Sois muy dueño de hacer lo que gustais; pero esto no quita para que Roque Guinart haya sido ahorcado. Dicen que era su vivo retrato... y eso que se le salia la paja por el cogote...

ROQ. ¿Pero, á quién?

ROGER. ¡Toma! á Roque Guinart. Este hombre no quiere entenderme. ¡Si hablaré yo en moro!

ROQ. ¡Ya! ¡Vamos! ¿Le habrán ahorcado en efigie?

ROGER. ¡Pues es claro!... Pero pronto se le atrapará... y entonces...

ROQ. (Asiéndole fuertemente por la garganta.) ¿Le ahorcarán... eh?

ROGER ¡Ay! ¡ay! ¡soltadme por Dios!... ¿no veis que me vais á estrangular? (¿De dónde diablos habrá salido esta fiera?) (Saca una llave, con la cual abre la puerta de su casa, volviéndola á cerrar por dentro. Pocos momentos antes habrá empezado á anochecer. Durante la escena que sigue, Roger, que ha entrado en la casa, hace lúmbre con un pedernal y enciende un velon que hay sobre la mesa, deja el sombrero en una silla, echa la barra en la ventana, y por último se sienta en un sillon y hojea algunos papeles que estan sobra la mesa.)

ESCENA V.

ROQUE GUINART, TALLA-FERRO, CRISTÓBAL, GUILLERMO, ROBERTO, ROGER, en su casa.

ROQ. Ya lo ois: el virey me ha declarado guerra á muerte; se ha propuesto hacerme subir á un patíbulo, y en tanto que manda hacer pesquisas por todas partes para prenderme, no sospecha siquiera que Roque Guinart se pasea por las calles de Barcelona, y que ha asistido al curioso espectáculo de su ejecucion.

TALLA. ¡Ciertamente, es una temeridad inconcebible!...

ROQ. ¡Y todo por ella!...

GUILL. Con tal que escapemos de esta...

BOB. (Aunque le hiciese traicion, justificado estaba... él me robó la plaza de capitan; me domina por su valor, y á cada instante mortifica mi amor propio... si, si, debo resolverme.)

GUILL. ¿Conque efectivamente estais enamorado?

ROQ. Doña Blanca ha llegado á ser el dueño de mi vida, la esperanza de mis mas bellas ilusiones!... Sin ella no podria vivir.

GUILL. Entonces...

ROQ. Lo que importa ahora, es arrancar ese condenado papel al miserable viejo que ahí habita.

GUILL. (Mirando por la cerradura.) Ya tenemos el pájaro enjaulado. Decidnos lo que hemos de hacer.

ROQ. Nada todavia. (Mira por la cerradura.) Está escribiendo. (Les habla bajo como si les diera algunas órdenes. Roger hablando consigo mismo.)

ROGER. Pues señor, el documento que me ha encargado el Marqués, ya está extendido... ¡Oh! ¡incomparable papel!... Tú solo me produce mas, que cuantas escrituras, testamentos y codicilos he hecho en seis años. La verdad es que me ha costado mucho, vencer mis escrúpulos de hombre de bien... (Se percibe el sonido de una campana.) El toque de ánimas. Ya no debe tardar el Marqués. (Roque Guinart hace sonar repetidamente el aldabon de la puerta.) ¡Cáscaras! ¡Con qué fueros llaman los señores de la nobleza! (Coje el velon y se levanta para abrir: luego se detiene.) Bueno será que antes me cerciore... ¡Quién llama!

ROQUE. ¡Yo! (Ahuecando la voz.)

ROGER. ¿Quién es yo?

ROQUE. Uno que quiere entrar.

ROGER. (Esa no es su voz.) Vaya, amigo, sin duda os habeis equivocado de puerta.

ROQUE. Abrid, ¡voto al diablo!

ROGER. (Santiguándose.) (¡Jesus!... ¿si será algun alma en pena?) ¿Á quién buscais?

ROQUE. Á vos, maese Roger.

ROGER. ¿Quién os envia?

ROQUE. ¡Abrid de una vez! ¿No me conoceis? Soy el Marqués de Villa-franca.

ROGER. ¡Acabarais! El frio os abre. Ha tomado la voz de un modo... (Roque Guinart entra lentamente y á pasos mesurados en el interior de la casa, embozándose en su capa hasta los

ojos. Conforme vá avanzando, Roger retrocede amedrentado y deja caer el velon. Sigue el toque de la campana.)

ROQUE. ¿Eres maese Roger el escribano?

ROGER. El mismo soy. (Temblando de pies á cabeza.)

ROQUE. Cuando un mortal como tú, osa calumniar á un muerto, este sacude la losa de su sepulcro, y arranca la lengua al miserable que mancha torpemente su memoria.

ROGER. ¡Dios mio!... no me habia engañado: ¡es un alma del purgatorio!

ROQUE. Yo fuí en otro tiempo el conde de Alba-de-Torres, y hoy mi espíritu indignado por la impostura que ibas á cometer, viene tomando forma mortal, á arrancarte de las manos cierto papel apócrifo, por medio del cual se pretende hacer creer á mi hija, que yo deseaba unirla á un hombre que aborrece.

ROGER. (Cayendo de rodillas.) ¡Perdon! ¡perdon! Tomad el escrito y marchaos en nombre del cielo. (Se lo dá.)

ROQUE. Las almas del otro mundo no salimos en balde de nuestro centro. ¿Oyes el triste plañido de esa campana? Él nos señala la hora en que podemos libremente dejar nuestras tumbas, para vengar las ofensas que nos haceis los necios mortales. (Enseñándole una pistola.)

ROHER. ¡Misericordia! (Con voz desfallecida.)

ROQUE. Si alguna otra vez intentas (Dejando caer la mano en su hombro.) hacer mentir á un muerto, no dudes que vendrá como yo, á demandarte estrecha cuenta, y á imponerte el castigo que mereces.

ROGER. ¡Ah! ¡por piedad, no me toqueis! Me siento morir de espanto. (Cae desvanecido sobre el sillon.)

ROQUE. ¡Pobre diablo!... Se ha desmayado del susto. ¡Marchemos! (Sale de la casa. Á Guillermo, Cristóbal, Talla-ferro y Roberto, que se han quedado en la parte de afuera guardando las esquinas.) ¿Nadie se ha acercado á este sitio?

CRIST. Nadie.

TALLA. ¿Y ese papel?

ROQUE. Ya es mio.

ROB. Partamos, pues.

ROQUE. Id vosotros y esperadme mas lejos; yo no me separo de esta calle, donde aun me queda que hacer.

TALLA. Pero...

ROQUE. ¡Dejadme! ¡Lo quiero!... ¡Lo mando! (Vánse Talla-ferro, Cristóbal y Roberto.)

ESCENA VIII.

ROQUE GUINART. Á poco el MARQUÉS DE VILLA-FRANCA.

ROQUE. Oscura está la noche. No pasa alma viviente por la calle... Sin embargo, estoy seguro de que no faltará á la cita... ¡Oh! Siento renacer mi antiguo odio hácia ese hombre que me robó el honor, y esta vez, juro que no ha de escaparse de mis manos.

MARQ. (Embozado.) Aquella, si no me engaño, es la casa... Pero ¿qué veo?... ¡Un hombre parado delante de la puerta... maldito importuno!... (Roque Guinart se recuesta en el marco de la puerta.) Parece que no hace ánimo de irse... ¡Ea! es preciso que entre. Yo le haré desocupar el campo... Los momentos que tardo en poseer ese papel son siglos para mí!

ROQUE. ¿Quién vá? (Viéndole acercarse.)

MARQ. ¡Un hombre!

ROQUE. ¡Pardiez! no soy ciego.

MARQ. Apartaos á un lado, que voy á entrar en esa casa; si no os podeis tener, apoyaos en otra parte.

ROQUE. Ese insulto...

MARQ. Lo sostendré con la punta de mi espada, como no dejeis el paso franco.

ROQUE. Para impedirlo estoy aqui, señor Marqués.

MARQ. (¿Qué dice?)

ROQUE. Os causa extrañeza que os conozca, á pesar de llevar recatado el rostro; pero mas os extrañareis, cuando os diga el motivo que os trae aqui... Venis en busca de vuestro cómplice.

MARQ. ¡Miserable! (Desnudando el acero.)

ROQUE. (Haciendo otro tanto.) ¿Os parece dura la palabra?... por desgracia, no hay otra que mejor cuadre á vuestra indigna y miserable conducta.

MARQ. (Es preciso que yo mate á este hombre; sabe mi secreto y podria perderme.) (Cruzan las espadas.)

ROQUE. Ese papel que veniais á buscar, no lo tendreis, porque lo guardo yo aqui, sobre mi pecho... Ya veis que me bato con lealtad... Si me matais, es vuestro.

MARQ. Vaya en busca de él esta estocada.

ROQUE. Veamos cómo os responde esta otra.

MARQ. ¡Ah! (Vacila y cae.)

ROQUE. ¡Le he muerto!... (Examinándole de cerca.) No: está herido, y por este lado viene gente... pongámonos en salvo!... (Váse.)

ESCENA IX.

ROGER, volviendo en sí: una ronda que entra por el foro.

ROGER. Creí oir ruido de espadas. ¡Qué noche! ¡Válganme todos los santos!... ¿Si se habrá ido ya el alma del buen conde?... ¡Me parece despertar de un sueño... sueño horrible!... (La ronda tropieza con el Marqués que yace en tierra. Un alguacil acercándole al rostro la linterna.)

ALG. ¡Aqui hay un hombre muerto!

ALC. Y la puerta de esta casa se halla abierta. Entremos. (Entra la ronda en casa de Roger, y le dice el Alcalde.) ¡Daos preso!

ROGER. ¿Le habeis visto?

ALC. ¿Á quién?

ROGER. ¡Al alma del conde de Alba-de-Torres!

ALC. (A los demas.) Creo que este viejo está loco. Vamos, buen hombre, el asesinato que acabais de cometer os ha trastornado el juicio...

ROGER. ¿Qué es lo que decis?... ¿yo asesino?... Es una calumnia...

ALG. És inútil que negueis...

ROGER. Esto es demasiado: pero, señor, ¡qué noche!... ¡se han desencadenado contra mí todas las fuerzas del infierno!... primero los muertos, ahora la justicia... Juro á Dios y á usarcé, y á todos los santos y santas del paraiso... (Los alguaciles le empujan fuera de la casa, y se le llevan consigo, sin atender á sus lágrimas ni á sus ruegos.)

ALC. En marcha... á las prisiones del castillo...

ROGER. Pero, señor Alcalde...

ALC. Basta de réplicas; ¡al castillo con él!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

LA CALUMNIA.

Salon lujoso en casa de doña Blanca.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA y LUCIA.

Ambas estan haciendo labor en dos mesas distintas, á los dos lados de la escena.

LUCIA. (Mirando á doña Blanca.) (¡Vaya!... La conversacian de mi señora no deja de ser amena... Parece triste, pensativa... No estaba yo asi el dia que me casé...)

BLAN. ¡Ah!

LUCIA. (Suspira. ¡Qué ama tan sentimental me ha cabido en suerte!... ¡Y yo que no puedo estar callada ni dos minutos!... Vamos, me decido á hablarla.) ¿Señora?.. (Blanca no contesta.) Señora... (Mas alto.)

BLAN. (Saliendo de su meditacion.) ¡Ah!... ¿Qué?... ¿Decias algo, Lucia?

LUCIA. Decia, que siento veros tan triste... ¿Os hallais indispuesta?

BLAN. No.

LUC. Desde que os conté el suceso que tiene alarmada á Barcelona, es decir, la ejecucion en efigie de Roque Guinart, habeis caido en una profunda meditacion. ¿Acaso

le conociais?

BLAN. Si.

LUCIA. Yo tambien... y os aseguro, que es un excelente hombre... valiente, como pocos; generoso cual ninguno; tan bueno, tan caritativo...

BLAN. Si... si... lo sé...

LUCIA. Todo el que le vé, no puede menos de quererle... al menos, eso me ha pasado á mí; ¿y á vos?

BLAN. (Turbada.) ¿Á mí?... No comprendo lo que quieres decir. (Siguen las dos cosiendo en silencio. Despues de una pausa.) (Lucia tiene razon; es imposible ver á ese hombre sin amarle. Su fisonomia es de aquellas que no se olvidan jamás. Su leal proceder conmigo, su vida aventurera, el servicio que me ha prestado... todo contribuye á grabar en mi memoria... ¡Oh! ¡qué locura!... fuerza es que le olvide... ¿Cómo una mujer de mi alcurnia puede descender á un hombre de su clase!... ¿De su clase? él es noble tambien: lleva un nombre esclarecido... pero qué importa?... Yo debo olvidarlo todo, y esperar resignada la hora en que se verifique mi matrimonio con el Marqués de Villa-franca. (Voces dentro.) ¿Qué ocurre?

MARTIN. (Gritando.) Os digo que no pasareis.

ROGER. (Id.) Lo veremos! (Lucia que se levanta y vá á mirar por la puerta de la derecha.) Es Martin que disputa con un hombre, que sin duda quiere entrar á la fuerza.

ESCENA II.

Las ANTERIORES: ROGER y MARTIN que entran disputando acaloradamente.

MARTIN. Señora, este hombre, á pesar de la órden que me habeis dado, se ha empeñado en entrar y...

BLANCA. Bien, retiraos. (Martin y Lucia se van.)

ESCENA III.

BLANCA y ROGER.

BLANCA. ¿Qué me quereis?

ROGER. Deciros únicamente, en nombre del señor Marqués de Villa-franca, que se encuentra mas aliviado de su he-

rida, y que, si se lo permitís, tendrá el gusto de venir hoy á ofreceros sus respetos...

BLANCA. ¿Don Juan está herido?

ROGER. Si, señora.

BLANCA. Yo ignoraba...

ROGER. ¡Cómo! ¿No ha llegado á vuestros oidos?...

BLANCA. No.

ROGER. ¡Es un hecho escandaloso!... Yo tambien he sido una de las víctimas. Quien tiene la culpa de todo es ese maldito Roque Guinart. Figuraos que... (Conteniéndose y variando de tono.) (¡Tente lengua!) Figuraos que no he dicho nada.

BLANCA. ¿Decis que Roque Guinart?...

ROGER. Es el diablo... ¡Oh!... Pero él me las pagará... todas juntas; pronto caerá en nuestras manos y entonces...

BLANCA. En fin, ¿quién ha herido al Marqués?

ROGER. ¿No os lo he dicho ya?... El mismo que me ha hecho encerrar á mi en la cárcel; ¡á mí!... ¡á todo un escribano público!...

BLANCA. ¡Acabad!

ROGER. Dispensadme, señora condesa, si divago algun tanto... la indignacion no me permite expresar con claridad mis ideas. ¡Dejarse llevar á la cárcel un escribano, y entre una falange de corchetes!... es como suponer que el gavilan puede hacer presa en sí mismo.

BLANCA. (Impaciente.) ¡El nombre del que ha herido al Marqués de Villa-franca!

ROGER. Ese bandido, ese bribon, ese incendiario de Roque Guinart.

BLANCA. (¡Ah, es él!)

ROGER. ¿Conque os dignais admitir la visita de don Juan?

BLANCA. Decidle que puede venir cuando guste, con tal que su salud no se perjudique en ello.

ROGER. (Haciendo un grotesco saludo.) Con vuestro permiso, señora condesa... (Nada le han contado del robo del manuscrito. Aun no debo dar por perdidos los tres mil escudos...)

ESCENA IV.

BLANCA.

¡Roque Guinart!... ¡Todavia me persigue ese hombre; y don Juan herido por él!... ¡Sabe Dios con qué intento!... Á pesar de todo, no acierto á explicarme el sentimiento extraño que me arrastra hácia ese hombre, desde el momento en que mi mirada se cruzó con la suya... ¡Cuantos mas esfuerzos hago para rechazar de mí su imágen, mas me asedia y preocupa! ¡Vamos, valor!... es preciso olvidarle... de un momento á otro debo llamarme marquesa de Villa-franca.

ESCENA V.

BLANCA, MARTIN.

MARTIN. Señora.

BLANCA. ¿Qué me quieres, Martin?

MARTIN. Un hombre que espera en la antesala, me entrega esta carta para vos... dice que es urgente. (Dándosela.)

BLANCA. Bien: retírate. (Váse Martin.) No conozco la letra... (Mirando el sobre.) Veamos; ¡y no tiene firma!... ¿Qué quiere decir esto? (Leyendo.) «Señora, una persona »que vela por vos; que se halla dispuesta á sacrificar »su vida por evitaros el mas leve disgusto, debe pre»veniros, como lo verifica, de que se os tiende un lazo »infame. Vuestro padre al morir, no dejó escrito nin»gun documento que os obligue á dar la mano á perso»na alguna determinada. El Marqués de Villa-franca es »un villano! Ese papel de que os ha hablado el Mar»qués no ha existido nunca.» (Hablando.) ¡Dios mio! ¿Será cierto? (Continúa leyendo.) «El suponer una decla»racion explícita que determina la voluntad de vuestro »difunto padre, es una grosera falsificacion; la prueba »se hallará en vuestro poder dentro de un instante si »permitis que os la presente un hombre que aguarda. »en vuestra antecámara.» (Hablado.) ¡¿Será verdad?... ¡Dios mio! ¡no acierto á comprender bien!... la inquie-

tud me consume.... (Hace sonar un timbre que hay sobre la mesa. Martin aparece.) Decid al que espera que pase al punto. (Váse Martin.) ¿Quién podrá ser ese hombre?... ¿Quién...

ESCENA VI.

BLANCA; ROQUE GUINART.

BLANCA. (Al verle.) ¡Ah!... ¡él!

ROQUE. (Desde el umbral de la puerta.) (¡Tiemblo en su presencia!) Parece, señora, que mi aspecto os intimida.

BLANCA. No á fé... Solo si, me habeis sorprendido... Son harto gratos los recuerdos que conservo de vos para que me atemorice vuestra presencia.

ROQUE. (Despues de haberse inclinado.) La carta que veo en vuestras manos os habrá anunciado ya el motivo que me trae á vuestra casa.

BLANCA. Con efecto; aqui se habla de ciertas pruebas...

ROQUE. (Ofreciendo un pliego á Blanca.) Que tengo el honor de presentaros...

BLANCA. (Toma con mano temblorosa el papel.) Reconozco la firma de mi padre. ¿Y decis que este escrito es falso?

ROQUE. Respondo de ello. Á no haberle sustraido á viva fuerza de manos del Marqués, ó mejor dicho de su infame cómplice, dentro de dos dias seriais su esposa, porque nada sospechariais de la indigna conducta de don Juan.

BLANCA. ¡Dicen que odiais al Marqués de Villa-franca! ¿Será cierto?

ROQUE. ¿Si le odio?... ¡con toda mi alma, señora!...

BLANCA. Si no temiera ser indiscreta, os preguntaria el orígen de vuestra enemistad.

ROQUE. No me obligueis, señora, á referiros mi agravio, porque esta confesion me seria penosa en extremo. El infierno ha enviado ese hombre para acibarar mi existencia. Yo era noble; mas que noble... era honrado; pues bien, él me robó la honra: mas tarde, cuando tras una vida de azares y de peligros creí divisar á lo lejos la estrella de la esperanza, cuando un ángel de virtud y de hermosura me prometia un tesoro de amor, nunca gustado por mí, él se interpuso de pronto en mi ca-

mino, y me arrebató la felicidad con que habia soñado.

BLANCA. Hablad.

ROQUE. ¿Absolutamente lo quereis?

BLANCA. Si; la elevacion de vuestras (Invitándole á tomar asiento.) ideas y sentimientos forma un raro contraste con la opinion que de vos tenia formada... No os vayais á á ofender... me han dicho que vuestra vida era un tejido de crímenes.

ROQUE. Y sin embargo, pongo á Dios por testigo, de que mi nombre fué en un tiempo irreprochable, mientras que ahora seria un vil padron de oprobio, si por un resto de orgullo y de respeto á mis nobles antecesores, no hubiera tenido la feliz idea de despojarme de él, como de una joya cuyo valor se ha perdido.

BLANCA. Me haceis temblar.

ROQUE. Yo me llamaba antes, señora, don Pedro Luis de la Rocha, y vivia tranquilamente en un castillo aislado, en la escabrosa falda de una montaña, primitiva mansion de mis abuelos. Deslizábanse allí felices mis dias al lado de una hermana hermosa y pura como vos... Era el único cariño que en el mundo tenia, y velaba por ella con solícito anhelo.

BLANCA. Esa historia me interesa: continuad...

ROQUE. Mi placer favorito era la caza, y me entregaba á ella con todo el ardor de la juventud. Un dia que habia salido muy temprano, encontré el monte ocupado por otros cazadores. El sonido lejano de las trompas y el ladrido de los perros, me advirtieron que habia empezado la batida. Esto, lejos de inquietarme, me sirvió de estímulo; el gamo pasó velozmente junto á mí, y lancé tras él mi caballo á la carrera. Cuando me retiraba ufano con la res que habia muerto en la jornada, el sol alumbraba apenas el horizonte con sus últimos reflejos. Por fin, llego al castillo: mi hermana no habia salido á mi encuentro como de costumbre... Corro á su aposento, pero la puerta se me resiste... logro derribarla, y al penetrar en la estancia la encuentro desmayada... La ventana estaba aun abierta, y pude desde ella distinguir, á la luz de la luna, un hombre que montaba en su caballo y que huia al escape...

BLANCA. Y aquel hombre...

ROQUE. Era el Marqués de Villafranca, señora, el Marqués que

habia deshonrado á la pobre niña, único objeto de mis cuidados... En el primer ímpetu de furor, poseido de un vértigo semejante á la locura, rompí el escudo de mis mayores; lo arrastré por el suelo, y me complací en hollarle bajo mis pies. Pero aun no era bastante; necesitaba para satisfacer mi fiebre un espectáculo de desolacion y de ruina; entregué á las llamas el castillo de mis mayores, y quedàron sepultadas bajo sus escombsos, la honra de mi familia, y la preclara memoria de mis abuelos... Solo la idea de la venganza hacia latir mi corazon... me devoraba una sed hidrópica de sangre, y la verti sin compasion.

BLANCA. ¡Qué horror!... ¡pero ahora!...

ROQUE. (Calmándose.) El tiempo cicatriza las heridas mas profundas... el rencor casi se extinguió en mi pecho. Mi patria querida gemia bajo el yugo opresor de un virey tirano... ¿Qué hacer sino defenderla?... Ademas, la guerra contribuia á sofocar en mí la voz del pasado.

BLANCA. Me han asegurado que la cabeza de Roque Guinart está pregonada, y me sorprende que oseis penetrar en Barcelona corriendo tantos peligros.

ROQUE. Es que yo soy ese insensato, que abandonado de todos, sin que nadie consuele sús penas, ni haya justicia á sus sentimientos, desprecia la muerte... Si, porque en el seno de esta sociedad enemiga, á través de tantos peligros, mi corazon busca una sombra; mis ojos siguen un fantasma; mis labios murmuran un nombre; y soy feliz, porque puedo contemplaros un momento mas, y postrarme de hinojos á vuestras plantas.

BLANCA. ¡Cielos!

ROQUE. ¡Oh!... ¡No rechaceis la sublime adoracion que me habeis inspirado: por piedad!... ¡El es el único consuelo que me resta! (Se arrodilla.)

BLANCA. Alzaos.

ROQUE. Ved que solo vos podeis purificar mi alma; devolverme mi perdida nobleza...

BLANCA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué hacer?

ESCENA VII.

BLANCA, ROQUE GUINART, el MARQUES DE VILLA-FRANCA. Este se presenta en la puerta del foro con los brazos cruzados: Roque Guinart se levanta.

BLANCA. ¡Ah! Don Juan! no sabeis cuánto me alegro de veros en este instante. ¿Podreis decirme qué significa este papel?

MARQ. (Sin tomarle.) Precisamente, vengo á defenderme de las falsas acriminaciones que sobre mí ha lanzado ese hombre.

ROQUE. ¡Caballero!...

MARQ. Ese hombre, que me ha calumniado miserablemente.

ROQUE. ¡Mentis!

MARQ. Á cada cual, la justicia que se le debe. Esta espada que me legó mi padre y que ha tocado la vuestra, no puedo usarla en lo sucesivo. (La arroja á los pies de Roque Guinart, despues de haberla roto.)

ROQUE. ¡Vive Dios!... Este último ultraje no ha de quedar impune. (Vá á arrojarse sobre el Marqués de Villafranca: Blanca se interpone.)

BLANCA. ¡Señores!...

ROQUE. Está bien: lo sufriré todo, con tal que pueda convenceros de la falsedad de ese escrito.

MARQ. ¡Señora, me han calumniado!

ROQUE. ¡Os repito que mentis!

MARQ. Leed, señora.

BLANCA. ¿Qué hacer?

MARQ. ¿Estais segura de que es la firma de vuestro padre?

BLANCA. Si. (Leyéndola.)

MARQ. Pues bien; ese papel me ha sido robado á viva fuerza, en una calle excusada y á favor de las tinieblas de la noche.

ROQUE. ¡Mentis! ¡Sois un malvado!

MARQ. (Á Blanca.) Á vos toca juzgar, señora. Teneis en vuestra presencia dos hombres; uno de ellos acusado de falsedad, y que se llama el Marqués de Villafranca, grande de España, de la primera nobleza, y que lleva un apellido sin mancha; el otro, acusado de robo, de traicion, de incendio, cuya cabeza está puesta á precio, y acaso mañana caerá sobre el cadalso bajo el hacha enrojecida del verdugo!... Este otro hombre se llama Roque

Guinart... ¡Elegid!...

ROQUE. ¡Blanca, en nombre del cielo, os he dicho la verdad!... ¡ese hombre es un villano!...

MARQ. (Á Blanca.) Vais á decidir inmediatamente!

ROQUE. (Qué haré, Dios mio!)

MARQ. El menor retardo, es una duda; la mas corta vacilacion, una ofensa terrible...

BLANCA. (¡Me siento desfallecer!...)

MARQ. Aguardo vuestra respuesta, señora.

ROQUE. (Con voz suplicante.) ¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA. (Haciendo un violento esfuerzo.) Señor Marqués, los descendientes de mi raza no tienen mas que una palabra... La voluntad de mi padre es para mí sagrada, y me resigno... ¡Desgraciado de vos, si llegaseis á engañarme!... Obedezco á mi padre. Disponed de mí como gusteis. (Dejándose caer sobre un sillon.)

ROQUE. (Dolorosamente.) ¡Oh!... ¡La he perdido!... ¡la he perdido!...

MARQ. Entonces, mañana mismo os conduciré al altar. En cuanto á vos, (Á Roque Guinart.) yo me encargo del castigo. ¡Hola! (Llamando.)

BLANCA. (Levantándose y vivamente.) Es mi huesped, caballero, y debe respetársele!

MARQ. ¡Un bandido!

BLANCA. Libre como entró debe salir de aqui... ¡lo exijo!... ¡lo quiero!... (Vuelve á sentarse y esconde el rostro entre las manos.)

MARQ. Está bien... una hora os concedo para evacuar la ciudad; si pasado este plazo no habeis obedecido mis órdenes, me considero libre de mi compromiso.

ROQUE. (Con rabia reconcentrada.) Acepto la libertad, pero únicamente como un arma que debe servirme en mi venganza... ¡Oh! ¡Se me ha burlado! ¡Se me ha insultado sin piedad!... ¡Vuestra audacia es inconcebible!... pero escuchadme bien, señor Marqués de Villafranca, no es ya un duelo de hombre á hombre el que vá á entablarse entre nosotros; no, sino un duelo terrible de ejército á ejército á la luz de los incendios y entre el ruido de la mosqueteria. Os debo represalias, y juro satisfaceros cumplidamente. Hasta la vista, señor Marqués; adios, señora; pero antes de partir, juro por el santo nombre de Cristo, por mi cabeza pregonada, y por mi espada

de caballero, que doña Blanca de Pimentel no se llamará nunca la marquesa de Villa-franca! (Sale precipitadamente por el foro. Doña Blanca quiere levantarse pero vuelve á caer abatida sobre el sillon)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

LA ALQUERIA DEL BARRANCO.

El teatro representa el interior del patio de una alqueria, con corredores á derecha é izquierda: al foro, á la derecha, una escalera que conduce al primer piso, que forma corredor y balcon. Al fondo, en el centro, una puerta que dá al campo. Á derecha é izquierda, puertas de las habitaciones interiores: en los corredores, puertas de los cuartos. Todas las paredes y ventanas, lo mismo del piso bajo que del principal, estan aspilleradas.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, ROBERTO, LUCIA.

Lucia, impaciente y agitada, vá y viene. Roberto, sentado en los primeros peldaños de la escalera del corredor izquierda que dá frente al público: Guillermo sentado del mismo modo en los escalones de la escalera de la derecha.

ROB. (Á Guillermo.) Es preciso relevar las centinelas. (Saca de su bolsillo una especie de librito, se sienta en el primer escalon y escribe.) (¿Cuándo llegará la hora? Estoy en brasas.... he prometido al Marqués entregarle la persona de Roque Guinart, y no veo el momento oportuno de cumplir mi compromiso. Mil escudos son una bonita recompensa.

LUCIA. ¡Pobre señora!.... he querido defenderla, y me han separado de su lado: ¿qué vá á ser de nosotras? ¡Dios

mio!... ¡prisioneras ambas, y encerradas en esta alqueria, que se halla situada en el fondo de un precipicio!

GUILL. (Hablando consigo mismo.) Saber que allá abajo se bate el cobre de lo lindo, y que al capitan puede sucederle una desgracia, y permanecer aqui mientras tanto con los brazos cruzados, constituido en carcelero de una mujer!... esto, francamente, no es para mi genio... Pero, cómo ha de ser, lo ha dispuesto asi el capitan, y yo seria capaz por él... de arrojarme al fuego, si lo mandara!

LUCIA. (Á Guillermo.) ¿Sabeis que teneis un bonito oficio, caballero bandido!...

GUILL. (Sin escucharla y continuando su pensamiento.) Don Pedro conoce que en nadie como en mí puede tener confianza... y hace bien.

LUCIA. (Á Guillermo.) En fin, sepamos, ¿cuándo volveré á ver á mi señorita?

GUILL. ¡Idos al diablo!... y dejadme en paz.

LUCIA. Gracias por lo atento que sois... ¿pero sabeis, señor bandido, que la conducta que se observa aqui con nosotras es infame?... no hablo por mí, porque una pobre campesina nada supone en el mundo; pero sí por mi infeliz ama. Es una cosa inaudita, inconcebible, la audacia con que en pleno dia os habeis atrevido á robar á la condesa en el momento en que iba á descender de su carruaje. (Dirigiéndose á Roberto.) Pero don Juan no es hombre que deje impune un atentado semejante, y si en estos momentos se estan batiendo, prueba es de que os persigue, y de que os perseguirá hasta vuestro último recinto... entonces conocereis que no es muy acertado ir á robar á mujeres á mano armada, ni mas ni menos que si estuvieramos en Turquia.

ROB. (Levantándose.) ¿Con quién estás hablando, trastuela?

LUCIA. (Á Guillermo.) Decia...

ROB. Silencio.

LUCIA. (Á Roberto.) ¿Y por qué me he de callar?

ROB. (Amenazándola.) ¡Voto al diablo! ¡que si no callas!...

LUCIA. (Cruzándose de brazos.) ¡Levantadme la mano! no faltaba mas... ¡digna hazaña de un bandido tan despreciable como vos...

ROB. (Echándo mano al puñal.) ¡Deslenguada!... ¡Voto al infierno!...

GUILL. (Deteniendo á Roberto.) ¡Basta!... Olvidas que esa muchacha es la que salvó y cuidó á nuestro capitan, hace tres meses?... (Á Lucia, señalando uno del corredor.) Tu señora se halla en aquel cuarto, puedes ir á reunirte con ella cuando quieras...

LUCIA. (Qué diferencia entre estos dos hombres; este al menos tiene corazon!) (Sube la escalera, y dice desde el corredor.) Mil gracias, señor alférez, no olvidaré vuestra cortesia. (Entra en el cuarto.)

ESCENA II.

GUILLERMO, ROBERTO.

GUILL. Valiente es la muchacha... me gusta su desparpajo...

ROB. Que el diablo cargue con ella, y con todas las de su sexo...

GUILL. Mal humor gastas hoy: por lo visto no te ha salido bien la cuenta...

ROB. ¿Y qué tiene de extraño? todo este embolismo de raptos y de aventuras amorosas, me exasperan; y si continuamos asi, ¡vive Dios! que recojo el petate, y me voy con la música á otra parte... Pertenezco á los guerrilleros de Cataluña; he venido aqui á batirme, y no á escuchar quejas ni suspiros de mujeres.

GUILL. Sin embargo, Roque es nuestro jefe, y debemos respetar al hombre que nos ha conducido tantas veces á la victoria; si hoy tiene una pasion, harto desgraciado es.

ROB. ¿Y por qué quiere labrar su desgracia y la de todos nosotros? ¿Somos acaso caballeros de la tabla redonda, ó paladines errantes? ¡Voto al infierno!... Nosotros somos gente ruda, que ni entendemos, ni queremos entender de ciertas cosas. Batámonos, si es preciso, de la mañana á la noche; barra en buen hora la metralla nuestros apiñados pelotones; corra la sangre á torrentes; pero que no vengan mujeres á mezclarse en nuestros negocios, porque todo nos saldrá mal.

GUILL. Habla bajo... puede escucharte la condesa y...

ROB. ¿Y á mí qué me importa? No faltaba mas sino que por no dispertarla, tuviera yo que echar un nudo á mi lengua, cuando la cólera me ahoga... Que se ande con cuidado el capitan, porque conmigo no se juega.

GUILL. Vamos, tú no sabes lo que te dices. ¿Y por qué te ha de temer á tí? ¿quién eres tú? guárdate de que él te coja en un renuncio, porque lo pasarás mal... Guárdate de que yo te coja, porque lo pasarás aun peor... ya me conoces.

ROB. Eso, lo veremos.

GUILL. ¿Que lo veremos?... Pues te aconsejo que no lo olvides... ¿Pero qué veo? Aqui tenemos á Cristóbal.

ESCENA III.

DICHOS, CRISTÓBAL.

GUILL. ¿Y bien? (A Cristóbal.)

CRIST. ¡Todo vá perfectamente: el capitan, se ha batido como un leon!...

GUILL. ¡Magnífico!

ROB. ¡Que se ha batido como un leon!... (Esta gente cree haberlo dicho todo con eso.)

CRIST. El Marqués se lanzó sobre nosotros con los nuevos refuerzos que habia pedido á Barcelona; pero al cabo de una hora, los pusimos en derrota; despues nos hemos replegado en el bosque... Roque Guinart (Á Roberto.) proyecta ahora un nuevo ataque, á su manera, y me ha mandado á pedir cien hombres de refuerzo. En cuanto (Á Guillermo.) á tí, te previene permanezcas en tu puesto. Sin embargo, si llegases á ser atacado por fuerzas superiores, te batirás en retirada y en direccion al cuartel general. Á todo trance debes evitar un encuentro cuyo éxito pueda ser dudoso, no sea que rescaten á la condesa.

ROB. (Yo cuidaré de que asi sea.) ¿Y cuáles son nuestras pérdidas?

CRIST. Treinta hombres muertos y unos sesenta heridos.

ROB. ¡Treinta muertos (Furioso.) y sesenta hombres fuera de combate! ¡Ira de Dios! ¡Esto es inaudito!

CRIST. Este hombre (Bajo á Guillermo.) no me gusta... positivamente, detesta á nuestro capitan... milagro será que el mejor dia...

GUILL. No tengas miedo... (Á Cristóbal.) yo no lo pierdo de vista, y como llegue á cogerle en un renuncio... (Señala una pistola.) puede encomendar su alma al diablo...

CRIST. Lo mismo digo. ¿Conque vamos á ver, (A Roberto.) dónde he de recoger los cien hombres que pide el capitan?

ROB. Ni aqui ni en ninguna parte, porque me niego á darlos.

GUILL. ¿Cómo? ¿y te atreverás á dejar en peligro á nuestro jefe?

ROB. Las pérdidas son ya harto considerables. Nuestra gente conoce perfectamente los senderos, dejadlos pues, y á la noche se habrán replegado todos en nuestra fortaleza.

GUILL. ¿Qué es lo que dices? abandonar al capitan, ponerlo en el vergonzoso trance de huir ante los soldados del virey... ¡Vamos, tú estás loco!

ROB. Aqui no hay gloria ni provecho en batirse, todo esto es por una miserable mujer... Ademas, yo soy el amo en este sitio y ya conoceis mi voluntad.

GUILL. ¿El amo tú? positivamente me haces reir... Yo no recibo órdenes mas que de Roque Guinart... tú podrás mandar en tu gente, y eso solo en este momento, pero no en la mia... la mia, que solo se compone de hombres de corazon, de hombres agradecidos que adoran á su jefe, de hombres en fin, que poco les importa morir, si batiéndose con los soldados del virey, tienen tiempo de exhalar un viva á la libertad de su patria.

CRIST. Los mios, pues, marcharán en busca del capitan.

GUILL. Y los mios tambien.

ROB. (Colocándose delante de la puerta.) De aqui no saldreis sin que yo lo permita.

GUILL. } ¡Miserable! ¡Eso lo vamos á ver! (Echan mano á los cu-
CRIST. } chillos.)

ROB. Primero me hareis pedazos. (Con el cuchillo en la mano. Al mismo tiempo Roque Guinart aparece en la puerta cubierto de polvo. Viene herido en una mano.)

ESCENA IV.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. ¿Qué es lo que pasa aqui?

CRIST. Nada, capitan... (Vivamente.) Disputabamos por una cosa bien insignificante.

GUILL. Pero ¿cómo os hallais aqui? (Con inquietud.) Cristóbal acaba de llegar á pedirnos refuerzos, y no me explico...

ROQUE. (Echando sus armas sobre una pipa.) No he tenido paciencia para aguardar, y con un puñado de hombres resueltos, he cargado vigorosamente al enemigo, poniéndole nuevamente en fuga...

GUILL. ¿Pero estais herido?

ROQUE. Es solo un arañazo.

GUILL. (Á Cristóbal.) Vé á avisar inmediatamente á nuestro cirujano.

CRIST. ¡Al momento! (Queriendo marchar.)

ROQUE. No, es inútil; ya os he dicho que esto no vale nada. Ahora dejadme solo con Guillermo.

CRIST. ¿Vamos? (A Roberto.)

ROB. ¡Vamos! (Este es el momento de avisar al Marqués que venga con sus soldados, que cerquen la alqueria y lo cojan en la madriguera arrullando á su paloma! ¡Mil escudos! No he hecho mal negocio.)

GUILL. ¿Entiendes? (Á Cristóbal que le ha estado hablando bajo.)

CRIST. No tengas cuidado, que no le pierdo de vista. (Vánse Roberto y Cristóbal.)

ESCENA V.

ROQUE, GUILLERMO.

ROQUE. (¿Qué pensará de mí?... Pero ¿qué me importa?...) ¿Dónde está?

GUILL. En aquel cuarto... (Señalando al corredor.)

ROQUE. ¿Qué dice?

GUILL. Nada.

ROQUE. ¿Qué hace?

GUILL. ¿La amais efectivamente mucho?

ROQUE. ¡Cuerpo de Cristo! Despues de le que he hecho, ¿te atreves aun á preguntármelo?

GUILL. Entonces, id con cuidado...

ROQUE. ¿Por qué?

GUILL. Allí está pálida, muda, inmóvil; sus ojos brillan con un fuego terrible, y blande su mano un acerado puñal.

ROQUE. ¿Y quién la ha dado esa arma?

GUILL. Nadie; con una rapidez y destreza maravillosa, lo arrebató á uno de los hombres que la custodiaban... «Ahora ya estoy tranquila...» dijo, y desde entonces espera con la resolucion de una mujer que nada teme;

que se halla dispuesta á todo. ¡Dios quiera que no suceda una desgracia!

ROQUE. ¡Una desgracia! ¡No, no! Seré implacable con ella, puesto que para mí no tuvo piedad... Soy el hombre que se venga, y ningun poder humano podrá ahora arrancarla de mi poder... ¡Ella es mia, mia irremisiblemente!

GUILL. Hablad mas bajo: pudiera escucharos, y...

ROQUE. Si, si: lo conozco... es infame, es odioso, es un crímen horrendo el que medito... Pero no importa, ¡lo cometeré!... ella lo ha querido, uttrajándome, destrozando mi corazon.

GUILL. Silencio, capitan; es capaz de matarse si os oye hablar asi...

ROQUE. ¡Matarse!... (Con temor. Pausa.)

GUILL. La creo capaz de todo... Adios: os recomiendo la prudencia; al cabo es una débil mujer y vos un caballero... Adios. (Váse.)

ESCENA VI.

ROQUE GUINART.

¡Matarse!... Guillermo exagera... (Se adelanta y se para al pié de la escalera.) ¡Y sin embargo, no sé por qué, pero en este momento parece que tengo miedo!... ¡Disparate!... ¡ella vive!... vive aun, y... (Vuelve á pararse.) Pero y si realmente ofendida, desesperada, ha meditado atentar á su vida, y al ruido de mis pasos... Sin embargo, la duda, la incertidumbre es el peor de todos los tormentos... yo quiero saber... (Sube la escalera, la puerta del cuarto de doña Blanca se abre bruscamente: esta aparece lanzándose fuera, pálida, pero altiva; con la mirada fija, con su traje de boda y un puñal en la mano. Roque se detiene, Blanca desciende, y Roque retrocede á medida que ella avanza, fascinado por su mirada.)

ESCENA VII.

DICHO, BLANCA, á poco GUILLERMO.

BLANCA. ¡Conque efectivamente sois el réprobo... el ángel rebel-

de... el hombre fatal!... Vos, á quien yo debo tanto, y que habeis querido borrar vuestros beneficios con un crímen inaudito... es decir, que habeis hecho pedazos el pedestal en donde mi reconocimiento os habia colocado para caer tan bajo que mi gratitud duda reconoceros...

ROQUE. (Con amargura irónica.) Continuad, señora; yo soy de esos hombres á quienes la enormidad del crímen no puede espantarles, y que aceptan con orgullo la responsabilidad de sus actos.

BLANCA. Si, si; lo creo: todo eso puede ser verdad: vos habreis dicho: «Mis pasiones no tienen mas freno que mi voluntad; mi audacia no conoce límites!» Os habreis dicho: «Á esa débil mujer, á esa indefensa criatura la arrebataré como el águila arrebata á su presa, y ella será mia á pesar suyo, y podré insultarla, ultrajarla impunemente, y ella no será mi mujer: la cubriré de oprobio haciéndola mi querida!» ¡Oh, si! ¡vos habreis dicho todas esas cosas horribles... pues bien; á pesar de vuestra audacia, de vuestras violencias, de vuestras amenazas; á despecho del pensamiento impio que os domina... os digo yo; yo, que aprendí á conoceros en poco tiempo, mejor aun que las personas que os rodean hace tantos años, que vuestro corazon no sanciona vuestro pensamiento, y que váis á abrirme esa puerta inmediatamente...

ROQUE. ¡Locura! (Con risa feroz.)

BLANCA. (Mostrando su puñal.) Me apoderé de este puñal en un momento de arrebato; pero convencida de que no lo necesito para hacerme respetar y obedecer, lo lanzo lejos de mí. (Tirando el puñal.) ¡Abrid esa puerta!

ROQUE. ¿Á vos? (Riendo.)

BLANCA. Al instante.

ROQUE. Miradme bien, señora, y comprendereis que lo que pedís es imposible!

BLANCA. Os miro; (Le mira fijamente. Roque fascinado, retrocede algunos pasos y baja los ojos.) y no atreviéndoos á sostener el brillo de mi mirada, bajais la vuestra avergonzado! Concluyamos; no tengo que decir mas que una palabra, una sola, para ser inmediatamente obedecida.

ROQUE. ¿Una palabra? Decidla pues...

BLANCA. ¡Te amo! ¡abre! (Con entusiasmo.)

ROQUE. ¡Ah! ¡sois libre! (Como herido y dando un grito.)

BLANCA. ¡Gracias! ¡gracias! (Blanca extiende nuevamente la mano con imperio hácia la puerta. Roque se inclina y abre. Blanca vá á salir, pero Guillermo aparece en el dinlel de la puerta: entra y cierra por dentro con las barras de hierro. Tiros fuera continuados.)

GUILL. ¡Á las armas, voto al infierno! ¡Estamos vendidos!

ROQUE. ¡Vendidos!

GUILL. Si, capitan; es una hazaña del infame Roberto: la granja está cercada por las tropas del virey: han asesinado los centinelas; aqui somos pocos, y yo voy á buscar refuerzos!...

ROQUE. Si, si; vuela: yo entre tanto defenderé este recinto... (Váse Guillermo por la primera puerta izquierda.) ¡Á mí, compañeros!... ¡á mí, los leones de Roque Guinart!

ESCENA VIII.

DICHOS, CRISTÓBAL, MALANDRINES, que aparecen por distintos puntos armados hasta los dientes.

ROQUE. ¡Cada uno á su puesto! (Roque recoge sus armas que estaban sobre la mesa: los malandrines se colocan en las aspilleras que hay en la parte alta y baja del corredor.)

BLANCA. ¡Dios mio! tened piedad de todos... ¡yo me siento morir! (Empieza el sitio y el combate. Los malandrines hacen fuego por las aspilleras.)

ROQUE. ¡Blanca, por favor! en este sitio el peligro es inminente; yo no puedo permitir que permanezcais aqui. Entrad en aquella habitacion, que es la mas segura, (La del corredor.) y yo podré un poco mas tranquilo atender á la defensa del sitio.

BLANCA. ¡Ah! ¡yo quisiera permanecer junto á vos, yo no debo separarme de vuestro lado!

ROQUE. ¡Imposible!... mi valor se debilitaria... ¡Pensad que me debo á la patria, á estos leales que en mí tienen puesta su confianza!

BLANCA. ¡Obedezco! (Blanca sube la escalera acompañada de Roque y entra en el cuarto de la izquierda.)

ROQUE. ¡Que Dios os bendiga!—Ahora muramos como hemos vivido... ¡Compañeros, antes que sucumbir, perezcamos todos aqui! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia de la patria!

TODOS. ¡Viva!

ROQUE. ¡Fuego á discrecion! (Coge la carabina y hace fuego por una de las aspilleras de la puerta del fondo. Cristóbal despues de algunos momentos y en lo alto del corredor á la derecha, donde está haciendo fuego con otros varios, dice.)

CRIST. Capitan, el asalto lo dan por este lado... han puesto las escalas y es imposible resistir su empuje: son fuerzas muy superiores. (Se oyen hachazos en la puerta del corredor de la derecha.)

ROQUE. Replegarse al lado opuesto: el combate continuará en este sitio cuerpo á cuerpo. (Los hombres que manda Cristóbal se replegan al lado opuesto del corredor. Los soldados del virrey, con el Marqués á la cabeza, tiran abajo las puertas y se posesionan del lado derecho: el fuego continuará de ambos lados: los soldados ponen escaleras de mano para bajar desde la barandilla, y los primeros que descienden son muertos á hachazos y pistoletazos: otros soldados entran por las ventanas bajas para que el combate continúe en la escena cuerpo á cuerpo, y en el corredor de extremo á extremo. En este momento se percibe en la habitacion donde está Blanca la claridad de un incendio. Lucia y Cristóbal salen precipitadamente de la habitacion: este último baja y dice precipitadamente á Roque.)

CRIST. ¡Capitan! han puesto fuego por este lado, y el incendio avanza rápidamente... ¡La jóven está medio asfixiada!

ROQUE. ¡Blanca! ¡ah! ¡corramos á salvarla! (Sube rápidamente y entra en la habitacion, volviendo á aparecer con ella desmayada en los brazos. En este tiempo la puerta del fondo cae tambien hecha pedazos y penetran por ella varios soldados, á cuya cabeza viene Roberto, los cuales se colocan en el lado izquierdo, continuando la pelea. El Marqués ha bajado tambien y combate á la cabeza de los suyos.)

MARQ. ¡Adelante! ¡que no quede ni uno de estos malandrines! (Roque está en el corredor con Blanca desmayada en los brazos.)

ROQUE. ¡Deteneos! ¡deteneos! señor Marqués, si como yo estimais en algo la vida de la condesa, mandad que se suspenda el combate... quiero y debo haceros una proposicion.

MARQ. ¡Hablad!

ROQUE. ¡Que se respete la libertad de todos los mios, y soy vuestro prisionero!...

MARQ. Á ese precio, consiento; libres son.

MALAND. ¡No, no! ¡jamás!

ROQUE. ¡Silencio! yo lo mando, y quiero ser obedecido. (Desciende de la es alera, y colocándose en el centro, despues de depositar á Blanca en los brazos de Lucia, tira sus armas á los pies del Marqués: los soldados se apoderaron de él.)

MARQ. ¡Aseguradle bien!

ROQUE. (¡Blanca! ¡Blanca! Solo por ella consentiria en esta humillacion!)

MARQ. Lo que es ahora, Roque Guinart, no escaparás á mi venganza... Llevadle.—Á la condesa, que se la conduzca á una litera y sea trasportada inmediatamente á Barcelona. (Los soldados se llevan á Roque. Blanca, sostenida por Lucia y dos soldados sale tambien, seguida de todos los malandrines: el Marqués vá á seguirla. Roberto le detiene.)

ROB. Con que señor marqués... ¿cuándo podré recibir los mil escudos? Crea que he cumplido mi palabra...

MARQ. Si, si, ahora mismo, cuando quieras, puedes presentarte á mi tesorero... pero, huye de aqui, miserable, porque si te vuelvo á encontrar en mi camino, te colgaré de un árbol... (Váse el Marqués seguido de los soldados: la escena queda sola con Roberto y los cadáveres que habrá habido de una y otra parte en la refriega.)

ROB. Pues me gusta el agradecimiento... Por lo demas, señor Marqués, sobra el consejo. Vamos, pues, en busca de los mil escudos, y en seguida á trasladárnos á cualquier buque que vaya á hacerse á la vela. (Vá á marchar, pero en lo alto del corredor aparece Guillermo apuntándole con su carabina.)

ESCENA IX.

ROBERTO, GUILLERMO.

GUILL. ¡Alto, mocito!

ROB. ¡Guillermo! (Retrociendo espantado y echando mano á su puñal.)

GUILL. Te hace falta el pasaporte, y yo te lo proporciono gratis. (Dispara y le mata.)

ROB. ¡¡Ah!! (Cayendo.)

GUILL. ¡Buen viaje! Asi perecerán todos los traidores.

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

LA CISTERNA DE LOS LOBOS.

El teatro se halla cortado transversalmente; la parte baja es un subterráneo de piedra con estalactitas, broza y maleza: la parte superior es un monte nevado. En primer término, á la izquierda, la cabaña del pastor de la Cisterna de los Lobos. Al fondo de la cabaña, un lecho de paja sobre un tronco de árbol derribado; y en primer término, una mesita rústica y dos taburetes: en el suelo de la cabaña, un anillo de hierro que sirve para levantar una trampa, la cual se abre sobre una escalera, que sin forma de tal, conduce serpenteando al interior de la caverna. Fuera de là cabaña, al lado derecho, otro agujero en el suelo de forma irregular, que dá á la misma cisterna, y una gran piedra al lado. Al levantarse el telon, el pastor, dentro de la cabaña y cubierto con su pellico, termina de ajustarse las polainas. Nieva y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El PASTOR, el ALFEREZ.—El pastor es GUILLERMO.

ALF. La Cisterna de los Lobos me han dicho que aqui debe ser. La cabaña tambien será esta. ¡Hola, pastor! Hace doce horas que venimos dando traspieses por la nieve, y el señor don Juan de Toledo, que viene muerto de cansancio y de frio, me envia delante á decirte que vá

á ocupar tu cabaña por algunas horas, y á esperar aqui un propio que ha mandado á Barcelona... conque date por avisado.

PASTOR. Podeis tomar de ella posesion cuando gusteis; asi como asi, pronto vá á amanecer y voy á reunir mis cabras.

ALF. (Soplándose los dedos.) ¡Qué sea enhorabuena! Pero sabes que el Monseny es un endiablado pais... ¡siempre cubierto de nieve! Positivamente, que aqui debe pasarse una vida muy divertida...

PASTOR. Todo es hasta acostumbrarse... Lo que es vuestro jefe ni vosotros, no pareceis muy á propósito para estas caminatas y correrias.

ALF. Ni quiera Dios que se repitan. Á no ser por ese bribon de Roque Guinart, que al fin cayó en nuestro poder y que conducimos prisionero...

PASTOR. ¡Ah! ¿Conque al fin lo habeis preso?

ALF. Y dentro de poco se decidirá su suerte.

PASTOR. ¡Vaya! pues os doy la enhorabuena. (Ya os lo diré yo mas tarde.)

ALF. ¿Qué dices?

PASTOR. ¿Yo? nada; que podeis anunciar á vuestro capitan que en la cabaña encontrará sobre el lecho paja fresca que coloqué esta mañana... es como si dijeramos, sábanas limpias. No tengo otra cosa que ofrecerle.

ALF. Gracias en su nombre, y toma. (Dándole una moneda, que el pastor rechaza.)

PASTOR. Gracias: yo tengo bastante con lo que me produce mi rebaño. (Se retira al fondo y permanece en observacion.)

ESCENA II.

DICHOS, algunos SOLDADOS.

SOLD. 1.º Mi alférez, ¿dónde debemos colocar la tienda del capitan?

ALF. Ya no es necesario. Pero es preciso hacer fuego, porque es un frio terrible el que á todos nos tiene medio helados... Vé tú á buscar un brazado de leña. (Al Soldado 2.º)

SOLD. 2.º ¿Un brazado?... Una carreta seria preciso para templarnos un poco. (Váse.)

PASTOR. ¡Qué fuertes son estos militares! Dignos defensores por

cierto del virey de Cataluña.

ALF. ¿Qué estás diciendo?

PASTOR. ¿Yo?... nada... Con vuestro permiso me retiro; mis cabras estarán aburridas con mi ausencia... (Se retira lentamente por la izquierda, observando siempre: el Soldado segundo viene cargado con un haz de leña, y ayudado de algunos otros enciende una hoguera.)

SOLD. 2.º Ya estoy aqui, manos á la obra.

ALF. Y tambien nuestro capitan: se conoce que tiene tanto frio como nosotros. (Llega don Juan, marqués de Villa-franca, seguido de Roger, despues Roque Guinart con las manos atadas á la espalda y escoltado por cuatro soldados. Don Juan embozado hasta los ojos y tiritando.)

ESCENA III.

EL MARQUES, ROQUE GUINART, ROGER, el ALFEREZ, SOLDADOS.

MARQ. ¡Uf!... ¡qué noche tan horrible! ¡brrr! dos batallas en un dia, y diez horas de marcha forzada!... Estoy muerto de sueño y rendido de fatiga: aqui debemos esperar la vuelta del correo que he dirigido á Barcelona para que el virey determine lo que debemos hacer con el prisionero. Señor alferez, colocad una línea de centinelas en la salida del bosque, con órden expresa de no dejar salir á nadie de este recinto hasta el regreso del correo... ¿lo entendeis?... ¿á nadie?...

ALF. Está bien, capitan... (Inclinándose.)

MARQ. (Examinando á Roque, al que han atado á un árbol.) Parece que tenemos ánimo y sufrimos nuestra suerte sin exhalar una queja; mas vale asi. ¡Vive Dios! que nuestro duelo termina de una manera original; es decir, sobre un cadalso, y es el verdugo el que se encarga de arreglar las condiciones.

ROGER. (Riendo.) Y yo seré uno de los testigos... Al acompañaros, no traigo otro objeto!... ¡Jamás he visto ahorcar, enrodar, ni dar tormento, y aprovecharé la ocasion que nos proporciona este insigne bribon!

MARQ. Yo voy á descansar un poco en la cabaña, pero antes escuchad bien lo que tengo que deciros: os confio (Á los soldados.) la custodia de ese hombre: está perfectamente atado, pero es audaz, y al menor descuido os burla-

ria... Es mas que un jefe de bandidos; es un prisionero de estado, y como á mí me gusta colocar las condiciones en su verdadero lugar, debo advertiros que si se os escapa, os haré ahorcar á todos inmediatamente.

SOLD. 1.° Perded cuidado, capitan, que aunque fuese el diablo en persona, no se escapará.

SOLD. 2.° Respondemos de él, con nuestra cabeza. (Ruido de voces dentro.)

MARQ. ¿Qué es esto?... ¿Será el correo? (Aparece Lucia seguida de Martin.)

ESCENA IV.

DICHOS, LUCIA, MARTIN.

MARQ. Lucia. ¿Qué viene á hacer aquí?

LUCIA. ¡Ah! ¡señor Marqués, un instante .. apenas puedo respirar... he corrido tanto!... (Fatigada.)

MARTIN. (Á un centinela que quiere impedirle el paso.) Repito que es mi mujer, y que donde ella entra, entro yo tambien.

MARQ. Dejadle pasar.

LUCIA. La señora condesa me ha entregado para vos esta carta. (Dándosela al Marqués.)

MARTIN. Y como mi mujer tenia miedo de tener miedo en el camino, yo la he acompañado.

MARQ. ¿Qué me dirá? Veamos. (Un soldado alumbra con una antorcha. Marqués leyendo.) Un capricho... de niña y nada mas. (Dobla la carta y se la guarda.) Dentro de un rato entra en esa cabaña y te daré la contestacion.

LUCIA. ¿Le salvareis, capitan?

MARQ. Hija mia, lo que tu señora me pide, no está en mi mano; espero las órdenes del virey, á quien ya he dado parte de la importante prision del reo. (Entra en la cabaña: deja su capa, su sombrero y la espada sobre un taburete, y se sienta á la mesa: saca su cartera y un lápiz para escribir.) Escribir... diablo, tengo los dedos entorpecidos por el frio, y el sueño me abate... ademas, ¿qué voy á decirla?... ¡Lo que me pide es imposible! Mis ojos se cierran, y es inútil luchar por mas tiempo... voy á descansar por alguuos instantes... que esa muchacha se espere, y luego contestaré á la peticion de Blanca... (Se acuesta sobre

la paja con algunas pieles que habrá colgadas: se queda dormido.)

ROGER. (Á los soldados.) ¡Miradle qué callado está!... Apostaria á que medita alguna bribonada... ¡Oh! lo que es yo no le perdonaré jamás el susto que me dió convirtiéndose en alma en pena...

SOLD. 1.° Pues por mi parte, al primer movimiento que haga para escaparse, le parto la cabeza con mi mosquete.

ROGER. Otros muchos han dicho lo mismo que tú, y sin embargo nadie se ha atrevido á hacerlo. Dosengáñate, yo creo que ese hombre tiene el diablo en el cuerpo; lo mejor es ponerle en un sitio seguro... es maligno y rencoroso, y seria capaz de escaparse solo por el gusto de que os ahorcasen.

LUCIA. Lo que vos haceis es aumentar el mal trato que se dá á ese desdichado; lo cual prueba que sois un malvado, y que teneis un corazon infame!

ROGER. Si ese bribon te se hubiera aparecido, como á mí, convertido en alma en pena, venido del otro mundo, y hubiera jugado á la pelota contigo para robarte unos papeles, no serias tan caritativa.

LUCIA. De todos modos, no es noble ni generoso aumentar los sufrimientos de un hombre á quien tal vez espera la muerte.

SOLD. 1.° ¿De veras?

SOLD. 2.° Tierna paloma, (Cogiéndola por la cintura.) aunque con ese mozo seamos severos, tambien tenemos el corazon como manteca cuando se trata de niñas tan bonitas como tú... y en prueba de ello, dáme un abrazo... (Vá á abrazarla y Lucia le dá un bofeton.)

LUCIA. ¡Y yo la mano ligera, atrevido!

MARTIN. ¡Bravo! (Riéndose.) ¡Con qué gracia sabe mi mujer sacudirse los mosquitos...

ROQUE. (Atado á un árbol.) ¡Ella me ama! ¡esta palabra!... ¡Oh! imposible apartarla un momento de mi cabeza ni de mi corazon... ¡Ser amado de ella... ¡Dios mio! y precisamente cuando voy á morir!...

ROGER. Desengañaos, muchachos; con este bribon todas las precauciones son pocas: la prueba es que en Barcelona se ha burlado del preboste en plena plaza pública, pregonando él mismo su cabeza... Es audacia, ¿no es cierto?

SOLD. 2.° ¡Demonio!

SOLD. 1.° ¡Ah! tengo una idea.—Supongo que no os disgustaria colocarle en un sitio seguro para que mas tranquilos pudieramos entretener el tiempo jugando una partida de dados.

SOLD. 2.° Yo lo creo; con tanto mas motivo que me debes una revancha.

SOLD. 1.° Pues todo está arreglado: verás... vamos á descolgarle á la Cisterna de los Lobos... para ello le ataremos por debajo de los brazos; en seguida colocaremos esa enorme piedra sobre el agujero, y ella nos servirá de mesa.

SOLD. 2.° ¡Magnífico!... ¡manos á la obra!

LUCIA. ¿Qué vais á hacer? ¿meterlo en la cisterna?

ROGER. No tengas cuidado, niña; los lobos no se comen los unos á los otros... ¡já! ¡já! (Frotándose las manos con alegria.)

SOLD. 2.° ¡Excelente!

LUCIA. Pero, señor soldado, ¿no pensais que la cisterna puede estar llena de agua?

ROGER. Si hay agua, entonces no hay lobos.

LUCIA. ¡Sois un infame!

ROGER. Á no ser que fuesen lobos marinos... Veamos... veamos... (Coge una piedra y la deja caer en la cisterna.) No hay agua... el ruido producido por la piedra es seco.

SOLD. 2.° Vengan las cuerdas.

SOLD. 1.° ¡Já! ¡já! ¡Esto es divertidísimo!

LUCIA. Pero, vos, ¿no decis nada? ¡Vos, un hombre! (Á su marido.)

MARTIN. ¿Quieres que ocupe yo su lugar? Buena gentecilla es esta para andarse con bromas.

GUILL. (Dejadlos hacer... vos lo salvareis.) (Á Lucia que lleva aparte, y ha entrado al final de la escena, y ha oido y observado todo.)

LUCIA. ¿Qué decis? (Sorprendida.)

GUILL. ¡Silencio! pueden observarnos...

LUCIA. Pero vos, ¿quién sois?

GUILL. Guillermo Bigotazos; el perro de presa de Roque Guinart, como acostumbran á llamarme...

LUCIA. Y bien, ¿qué debo hacer?

GUILL. Dentro de la cabaña duerme el Marqués profundamente; en el suelo vereis una argolla, levantadla y penetrad en la cisterna... desatad las ligaduras que sujetan á mi capitan, que él despues sabrá lo que ha de hacer.

LUCIA. Pero...

GUILL. Basta, basta, que nos observan... (Durante este aparte de Lucía y Guillermo, han atado á Roque por debajo de los brazos, y le han descendido á la cisterna. Despues entre todos, empujan la piedra para tapar el agujero, haciendo que Martin les ayude.)

ROGER. Si ahora se escapa, diré que es el mismo diablo.

SOLD. 2.º Ahora, lo que hace falta es leña para atizar la hoguera.

MARTIN. Voy á buscarla. (Váse.)

SOLD. 1.º Y aguardiente... porque el frio es atroz.

GUILL. Si gustais, yo tengo aqui una calabaza, que precisamente está llena.

SOLD. 2.º ¡Magnífico! eres nuestra providencia...

ROGER. ¡Disfrazado de pastor!

GUILL. ¡Es muy posible! (Dándoles la calabaza.)

SOLD. 1.º Venga el cubilete y los dados.

SOLD. 2.º Ahí van.

ROGER. Yo tambien soy de la partida. (Roger y los Soldados se ponen á jugar sobre la piedra.)

LUCIA. (El Marqués está dormido.) (Al Pastor, mirando á la cabaña.)

GUILL. Os lo habia dicho... es el momento... entrad, yo guardo la puerta, y en un caso extremo, mato á toda esta gente, empezando por su jefe...

LUCIA. ¡Que Dios nos asista! (Entrando en la cabaña. Soldados y Roger tirando los dados.)

SOLD. 1.º ¡Ocho!

ROGER. ¡Dos!

SOLD. 2.º ¡Habeis perdido!

ROGER. ¡Es mucha suerte la mia!

LUCIA. ¡Duerme profundamente! (Mirando al capitan. Busca en el piso, y encontrando la argolla, dice:) ¡Aqui está! Vamos; no hay que perder tiempo. (Levanta la trampa y se detiene.) ¡Pero, Dios mio! ¿Y si fuese á tropezar con algun lobo? ¡está esto tan oscuro! pero ya no es tiempo de dudar. ¡Valor! La Vírgen me protegerá. (Baja á la cisterna.)

SOLD. 1.º Pero ese ganso no viene con la leña y aqui hace un frio de todos los diablos.

SOLD. 2.º Bebe y te calentarás. (Dándole la calabaza despues de haber bebido.)

ROGER. Me parece bien... venga otro trago.

ROQUE. (En la cisterna.) ¡Oh! Si lo que no es posible, consigo aun esta vez escaparme, juro á Dios que he de hacer un escarmiento terrible!...

LUCIA. ¡Dios mio! (En la cisterna y andando á tientas.) ¡qué oscuridad!... Aqui hay una piedra... ¿Dónde le encontraré?... ¡Don Pedro!... ¡don Pedro!

ROQUE. ¿Mi nombre? ¡han pronunciado mi nombre!

LUCIA. Si, ¿adónde estais?

ROQUE. Pero, ¿quién sois?... Yo conozco esta voz...

LUCIA. Soy Lucia.

ROQUE. ¡Lucia!

LUCIA. Que viene á salvaros.

ROQUE. ¡Oh! ¡gracias... gracias! tú eres mi ángel bueno... por aqui... (Lucia llega donde está Roque y le desata. Roger y los soldados continúan jugando y bebiendo.)

ROGER. Diez. (Tirando á los dados.)

SOLD. 1.º ¡Siete!

ROGER. He ganado.

SOLD. 2.º ¡Alto, que aun falto yo: doce! (Tirando.)

ROGER. ¡Aqui hay trampa!

SOLD. 1.º ¿Cómo trampa, viejo carroño? (Continúan tirando los dados.)

LUCIA. ¡Ay, señor don Pedro, no tengo gota de sangre en las venas! (Llorando.)

ROQUE. Lo que ahora interesa, es salir de este sitio... ¿Por dónde has entrado?

LUCIA. Por aqui. Este camino conduce á la cabaña donde duerme profundamente el Marqués... El bribon de Roger y los soldados beben y juegan fuera de la puerta...

ROQUE. Basta, marchemos... pero antes ataremos una piedra á la punta de esta cuerda. (Ata una gran piedra.)

LUCIA. ¿Pero... cómo salir de la cabaña?

ROQUE. Dios dirá... además ¿no dices que el Marqués duerme profundamente?

LUCIA. Si.

ROQUE. Pues bien; se me ha ocurrido una idea, y voy á ponerla en práctica. Sígueme...

LUCIA. ¡Vamos! (El soldado segundo deja los dados, y luchando con la modorra producida por el aguardiente se queda dormido.)

ROGER. ¡Gracias á Dios que gané una partida!... Pero es singular... sin querer, se me cierran los ojos, y me duermo...

SOLD. 1.º Yo tambien experimento una pesadez...

ROGER. Cuando uno no está acostumbrado á hacer excesos... claro está... yo no quiero... que... (Se quedan los tres dormidos. Roque Guinart y Lucia penetran en la cabaña.)

ROQUE. Ven detrás de mí, por si hubiere algun peligro.

LUCIA. ¡Miradle! (Señalando al Marqués.)

ROQUE. Esta capa... (Reparando en la capa y en el sombrero del Marques.) este sombrero... ¡Soberbio!... ellos me servirán para desorientarlos.

LUCIA. Parece que se han quedado dormidos. (Asomándose á la puerta.)

GUILL. (Si, pero yo velo...) (Roque se ha embozado en la capa y echando el sombrero sobre los ojos, sale de la cabaña.) Dirigios por la derecha, capitan!

ROQUE. ¡Guillermo! (Reconociéndole.)

GUILL. ¡Silencio! Los centinelas nos observan! á diez pasos de aquí, encontrareis un caballo atado á un roble... en la senda de la Cruz verde.

ROQUE. ¿Pero me dirás?...

GUILL. Ahora nada, marchad...

UN CENT. Atrás...

ROQUE. Soy yo, vuestro jefe. (Que se ha dirigido al fondo.)

CENT. 1.º Yo no reconozco mas que mi consigna.

ROQUE. Está bien... veo que cumples con tu deber, y que eres un buen soldado.

GUILL. Á grandes males, grandes remedios, Capitan; yo me encargo de matar al centinela; será cosa de cuatro minutos.

ROQUE. Aun no: veamos por este lado...

ESCENA IX.

DICHOS, el ALFEREZ, entrando precipitadamente y cortándole el paso.

ALF. Capitan, acaba de llegar el correo con la respuesta del virey, el cual encarga sea conducido inmediatamente el prisionero á los calabozos de la Inquisicion.

ROQUE. (Embozado y fingiendo la voz.) Alferez, quedais revestido con mis ámplios poderes... yo parto ahora mismo... Esos tres hombres se hallan (Señalando á los que están dormidos.) encargados de la custodia del preso; si se les escapa, los ahorcareis sin compasion. (Váse seguido del pastor y de Lucia.)

LUCIA. (¡Gracias, Dios mios! se ha salvado.)

ALF. ¿Qué quiere decir esto? Vamos á ver. (Despertando á Roger y á los soldados.) ¿Es este el modo de estar alerta?

¡Despertad, ó voto al infierno! (Se despiertan los soldados y Roger.) ¿En dónde está el prisionero?

SOLD. 1.° Le tenemos encerrado aquí, mi Alferez.

ALF. Pues arriba con él; (Los soldados separan la piedra.) porque tenemos que ponernos en marcha al momento.

SOLD. 2.° ¡Y cómo pesa! (Tirando de la cuerda.)

ROGER. Yo os ayudaré. (Tiran los tres.)

SOLD. Mete la mano, y cógelo por la cabeza.

SOLD. 2.° ¡Gran Dios!

TODOS. ¡Una piedra!

SOLD. 1.° ¡Nos ha burlado!

ALF. ¡Traicion! (Furioso.)

MARQ. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aqui? (Que ha despertado, y sale precipitadamente de la cabaña.)

ALF. Que el prisionero se ha escapado, mi capitan: pero no comprendo... (Mostrando su extrañeza al ver al Marqués.)

MARQ. ¡Maldicion sobre él, y sobre todos vosotros! Mi sombrero, mi capa... (Buscándo furioso por la cabaña.) ¡Ah! Tampoco estan aqui! ¡Nos ha burlado!... ¡Centinelas, alerta! (Corriendo de un lado á otro: suenan seis ú ocho tiros por la derecha.) ¡Ah! Por aqui... seguidme... batiremos el bosque y si es preciso le pondremos fuego, hasta que demos con él... Alferez, colgad de un arbol inmediatamente á esos traidores... (Señalando á Roger y á los tres soldados.) y tambien á ese miserable. ¡Marchemos! (El capitan se dirige precipitadamente al fondo. El Alférez hace señas á dos soldados para que se apoderen de Roger, el cual lucha por desasirse.)

ROGER. No... no... yo no tengo la culpa... ¡Dejadme!... ¡Dejadme!.

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SEXTO.

Lóbrego calabozo de las prisiones de la Inquisicion en Barcelona: una mesa pequeña y un taburete á la izquierda, ultimo término: en el fondo, á la derecha, una especie de camastro de piedra. Al foro, izquierda, una puerta pequeña claveteada, que es la que sirve de entrada: á la derecha, segundo término, otra puerta mas pequeña aun, ó sea entrada á una poterna claveteada y forrada de hierro. Al foro, derecha, un poste de piedra con una cadena.—Al levantarse el telon, don Pedro aparece sentado en el camastro, y absorbido en sus reflexiones. Se oyen fuera por el lado derecho golpes de martillo, como clavando en un tablado, y por el foro izquierda, aunque muy débilmente y de tiempo en tiempo, el ruido que produce una piqueta sobre el muro. El carcelero entra por la puerta del fondo, trayendo un gran haz ó manojo de paja, que coloca cerca del camastro. Contempla á don Pedro por algunos instantes.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, el CARCELERO.

CARC. ¡Pobre señor; *cuando ya habia conseguido escaparse; cuando se consideraba libre... volver á ser preso por las tropas del virey!... ¡Oh! estoy seguro que si no le hubieran muerto el caballo... no le dan caza.*—¡Parece muy abatido!... voy á traerle alguna cosa con que pueda recuperar sus fuerzas... á bien que la señora paga y con largueza. (Váse.)

ESCENA II.

DON PEDRO.

Este carcelero me mira á veces de un modo tan original... (Examinando su cama y colocando en ella la paja que ha dejado el carcelero. Se prepara para recostarse: al propio tiempo se oyen los martillazos por la parte de la izquierda.) ¡Todavia! Esto si que es intolerable. ¡Pronto sonará la hora en que todo debe acabar para mí! Por lo menos, no debo quejarme del dia que han elegido mis verdugos. ¡Cuándo cesará esa gente de dar porrazos! parece que lo hacen á propósito para mortificarme... porque positivamente, lo que produce ese ruido no es otra cosa que mi cadalso, que se prepara. Lo que yo deseo al presente es olvidar, si; olvidar ese delicioso sueño que sin embargo me martiriza; esa ilusion, esa esperanza simbolizada en una palabra que ha trasformado todo mi ser! (El carcelero vuelvr á entrar con un jarro y un cestillo que coloca en el fondo, al pié de la mesa.)

ESCENA III.

DICHO, el CARCELERO 1.°

CARC. El monje vendrá muy pronto... en el entre tanto, aqui teneis un refrigerio con que reparar vuestras fuerzas.

PEDRO. Mil gracias, amigo mio.

CARC. No hay que desanimarse... estas son pruebas terribles que Dios nos envia... ademas, ¿quién sabe? Todavia pudiera suceder...

PEDRO. La esperanza es un sueño.

CARC. ¿Necesitais alguna otra cosa?

PEDRO. Nada.

CARC. Entonces, hasta dentro de un momento.

ESCENA IV.

DON PEDRO.

(Continuando en sus reflexiones.) Si ; una palabra arrancada

tal vez á la compasion y que no volveré á escuchar... ¡Te amo! mi vida y mi muerte se encierran en esa palabra y no en las negras paredes que me rodean. Vamos, debo descansar un poco... es preciso que al marchar al cadalso no sorprendan mis verdugos sobre mi frente la mas mínima sombra de flaqueza ni abatimiento. (Vuelve á recostarse, y se oye abrir la puerta del fondo.)

ESCENA V.

DICHO, el CARCELERO 1.° y GUILLERMO, vestido de monje.

GUILL. La paz de Dios sea en este calabozo.

PEDRO. ¡Ah! (Levantándose.)

CARC. Es el monje encargado de recibir vuestra confesion.

PEDRO. Bien venido sea... su compañia y sus auxilios en este momento siempre me serán dulces y gratos...

GUILL. Asi lo espero, hermano... Podeis retiraros detras de la puerta, que yo os avisaré cuando concluya. (Al Carcelero.)

CARC. Como gusteis. (Se retira, dejando abierta la puerta, y él se mantiene en el dintel. Ademas se vé un centinela que se pasea en la parte de afuera.)

PEDRO. ¡Oh, si, Dios mio! ¡Yo me humillaré, yo me arrepentiré, y tu misericordia infinita me permitirá reunirme con ella en el cielo!

GUILL. ¡Ya os escucho, hijo mio! (Sentándose sobre el camastro.)

PEDRO. ¡Esta voz!... (Sentándose á su lado.)

GUILL. (Muy bajo.) (¡No os movais... el carcelero nos observa!)

PEDRO. (Sorprendido.) ¡Guillermo! ¡mi fiel Bigotazos!...

GUILL. Vuelvo á repetiros que seais prudente, porque de lo contrario me obligareis á que mate, sin resultado provechoso, al cnetinela y á ese pobre hombre, que mas tarde puede sernos útil.

PEDRO. ¿Cómo has penetrado hasta aquí?

GUILL ¡Toma! de la manera mas sencilla... agarrando al fraile que debia auxiliaros; soplándole en la bodega de maese Malapinta, nuestro tabernero, y amenazándole con pegar fuego esta misma noche á su convento, si de buen grado no me entregaba sus hábitos ó trataba de oponerse á mi voluntad.

PEDRO. ¡Mi buen Guillermo!

GUILL. Ahora escuchadme bien. Trescientos de los nuestros disfrazados se han introducido esta noche en la ciudad; se han puesto de acuerdo con el pueblo, con los segadores y con la gente de la montaña para dar un golpe decisivo. D. Pedro de Santa Cilia ¡acudirá tambien con los suyos, y á una hora dada, al amanecer, los unos asaltarán estas prisiones, en tanto que los demas, esparciendo por todas partes el espanto y la muerte, atacarán el palacio del virey.

PEDRO. Pero...

GUILL. Nada, capitan; hoy es el gran dia... será un Corpus de sangre... Ademas estan resueltos á todo por salvaros.

PEDRO. Pero esta fortaleza es inexpugnable.

GUILL. Eso corre de nuestra cuenta... Ademas que los nuestros estan minándola desde anoche, y á la cabeza de los minadores marchan Cristóbal, Antonio, Tallaferro y Poca-pena.

PEDRO. ¡Pero si vuestra empresa fracasa... la muerte es cierta!

CRIST. Eso lo veremos... Ademas morir por morir, lo mismo cá un poco antes que un poco despues.

PEDRO. ¿Y qué diria desde el cielo mi pobre madre si yo aceptase vuestro sacrificio?

CRIST. Si nuestro sino es morir, ella abrirá sus brazos para recibirnos.

PEDRO. No, no... Yo no puedo ni debo aceptar...

GUILL. No he venido á consultaros, sino á preveniros... Son inútiles las reflexiones... (Movimiento de D. Pedro.) Por Dios, no os movais... No sois solamente vos, es la patria, la patria la que reclama este golpe de mano... Hoy Cataluña pelea por su libertad... ¿sereis insensible á esta palabra?

PEDRO. ¡Nunca! Consiento en todo. (Despues de dudar algunos momentos.)

GUILL. ¡Que sea enhorabuena! Al amanecer, y cuando suene la campana de Santa Maria, empezará el ataque... tomad esta arma, (Le dá un puñal.) la cual podria seros necesaria, bien para abriros paso hasta nosotros, bien para morir si sucumbimos en la lucha: al menos no subireis al cadalso.

PEDRO. Gracias. ¡Oh! ¡gracias! (Tomando el puñal.)

GUILL. Hasta luego, y dadme un abrazo. (Vá aclarando.)

PEDRO. ¡Con toda mi alma! ¡Corazon noble y generoso! (Se es-

trechan mútuamente y quedan un momento abrazados.)

GUILL. Hasta luego, ¡hijo mio!

PEDRO. Hasta luego, padre. (Vá á salir el Monje, y se detiene viendo que la puerta del fondo se abre, y aparece un familiar de la Inquisicion, un Escribano y algunos Guardias con hachas.)

GUILL. (¿Qué quiere decir esto? ¡Observemos!) (Se esconde detras del pilar.)

ESCENA V.

DICHOS, el FAMILIAR, el ESCRIBANO y GUARDIAS con luces.

FAMIL. ¿Don Pedro Luis de la Rocha?

PEDRO. Yo soy. (El Escribano prepara la pluma y el tintero, y el Familiar desarrolla un pergamino que coloca sobre la mesa.)

GUILL. (¿Habrán anticipado la hora del suplicio?)

CAR. 1.° Es necesario que os alejeis, padre: venid. (Al Monje.)

GUILL. Imposible, hermano; puede el reo necesitar mis auxilios espirituales... y mi puesto es aqui.

CAR. 1.° Pero es que...

GUILL. Esa es mi obligacion... la vuestra, respetar mi ministerio.

FAMIL. Vuestra firma si gustais. (Presentando el pergamino á don Pedro.)

PEDRO. ¿El proceso verbal? (Tomando el pergamino.) Está bien: pero yo creí que la ejecucion no era hasta las diez de la mañana.

FAMIL. Se ha adelantado y se verificará dentro de una hora...

PEDRO. (¡Ah!) Bien; nada tengo que añadir. (Firma y lo devuelve.) ¡Tomad, señor Familiar!

GUILL. (Dentro de una hora?... magnífico! Dentro de quince minutos habrá amanecido, y en sonando el esquilon...)

FAM. Quedad con Dios. (Todos salen excepto el carcelero que permanece en el fondo, y el Monje en un rincon del calabozo oculto detras del pilar. Don Pedro siguiéndolos con la vista.)

PEDRO. Que él os acompañe. ¡Dentro de una hora! (Mirando su puñal con precaucion.) La hoja de este puñal es buena... ¡prefiero morir asi... Mis valientes se harian matar todos por salvarme, y mi pobre Guillermo el primero... y yo no debo consentir que por mí se derrame mas sangre generosa... Pero ¿cómo impedir ese golpe de mano proyectado?... (Se sienta.) ¿Cómo hacerles com-

prender mi voluntad? (Queda absorto: llega misteriosamente otro carcelero con una llave y un paquete debajo del brazo.)

ESCENA VI.

DICHOS, CARCELERO 2.°

CAR. 2.° ¡Pst!! (Que llama al Carcelero 1.°, este se acerca y le dice en voz baja.) Yo tengo la llave de la poterna subterránea. aqui está.

CAR. 1.° Bien.

CAR. 2.° La señora tambien está ahí.

CAR. 1.° ¿Y mi dinero?

CAR. 2.° Aqui lo teneis. (Colocando el paquete en el rincon.)

CAR. 1.° La suma es bastante considerable para arriesgarnos; pero es necesario tomar inmediatamente las de Villadiego.

CAR. 2.° Abajo hay tres caballos... Dos para nosotros, el otro, para el prisionero.

CAR. 1.° Vamos, que entre la señora. (El Carcelero 2.° introduce á doña Blanca.)

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA BLANCA.

CAR. 1.° Señora, solo teneis diez minutos.

CAR. 2.° Aqui estan la capa y el sombrero. (Mostrándolos la capa y el sombrero.) Esta es la llave de esa puerta.

BLANCA. ¡Bien! ¡bien! (Deshaciendo el paquete.)

CAR. 2.° (Inclinándose.) Nos encontrareis en el fondo de la galeria subterránea.

BLANCA. Bien; ahora podeis retiraros.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DOÑA BLANCA. El MONJE oculto detras del pilar.

PEDRO. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

BLANCA. Estais en libertad. (Corriendo hácia don Pedro y poniéndole la capa.)

PEDRO. ¡Gran Dios! ¡Blanca!... (Blanca vá al fondo y vuelve con el

sombrero.)

BLANCA. Tomad esta llave, abrid esa puerta, y huid: ya me dareis las gracias mas tarde; ahora no hay tiempo que perder. Esa puerta conduce á una galeria subterránea; al final de ella, encontrareis caballos y gente que os acompañe... Vamos, adios, el tiempo vuela. (Tendiéndole la mano.)

PEDRO. Pero ¡Dios mio! ¿Es un sueño?

BLANCA. ¡Esperad! (Escuchando.) No, no es nada: no tenemos mas que diez minutos disponibles; ¡daos prisa!

PEDRO. (Con alegria.) ¡Oh!! Ahora ya puedo morir. ¡Dios mio!

BLANCA. ¡Morir!... no se trata ahora de eso. ¡Sois libre!... ¡libre!

PEDRO. ¿Libre?... Blanca, yo os amo, y no podré vivir lejos de vos. Si parto, volveré.

BLANCA. (Con resolucion.) Puesto que no hay otro remedio, sea... marchemos juntos... ¡Venid!...

PEDRO. (Levantándose.) ¿Vos?

BLANCA. Si, ¡yo! ¿No os hice ya el sacrificio de mi nombre? Venid, huyamos, soy vuestra.

PEDRO. (Con delirio.) ¿Mia? Partamos, pues. (Se oye el toque de diana de los montañeses y la campana.) ¡Ah! ¡la señal! (Abre la puerta de la poterna y vá á salir con Blanca; pero retrocede ante el Marqués de Villafranca que aparece en el dintel, pálido y en el mayor desórden, el cual aprovechándose del primer momento de sorpresa, se apodera de un brazo de Blanca, y coloca un puñal sobre su pecho.)

ESCENA IX.

DICHOS, el MARQUÉS.

MARQ. Si dais un solo paso, hundo mi acero en su corazon.

PEDRO. ¡Oh! ¡Deteneos! ¡deteneos! (Se oyen las campanas y clarines á lo lejos, y tiros continuados.)

MARQ. ¿Pensabais burlarme? ¡Insensatos! He adivinado vuestro plan, y aunque el deber me llama en otra parte... ¿qué me importa la sangre que se derrama? ¡Primero es mi venganza! (El Monje ha salido poco á poco de detras del pilar, y con cuidado cierra la puerta del fondo con un barrote.)

PEDRO. Marqués, ¡mi vida por la suya!

MARQ. Acepto...

GUILL. (El Monje instantáneamente saca de la manga una pistola, y colocándosela al Marqués á la altura de la cabeza.) Al suelo ese puñal, ¡ó sois muerto sin remision!

MARQ. ¡Ah! (Soltando á Blanca, deja caer el puñal y retrocediendo. Blanca se refugia en los brazos de don Pedro.)

BLANCA. ¡Ah! Gracias, ¡Dios mio!

PEDRO. ¡Blanca! ¡Blanca mia! (Estrechándola contra su corazon)

MARQ. (Al Monje.) ¿Conque es decir que me vais á asesinar?

GUILL. Ya os hubiera aplastado la cabeza, mala víbora, como tengo por costumbre hacerlo con las gentes de vuestra calaña; pero vuestra vida es sagrada para mí... pertenece de derecho á Roque Guinart... Quietecito, porque si no... te despavilo. (Siempre apuntándole con la mano izquierda: saca de debajo de los hábitos con la derecha su espada que arroja á los pies de don Pedro.) Mi capitan, matadlo ahora en buena lid, como sabeis hacerlo. (Don Pedro coge su espada del suelo. Don Juan desenvaina la suya.)

PEDRO. ¡Ah! ¡Llegó tu hora, don Juan!

MARQ. ¡Tiembla á tu vez, bandido! ¡La rabia centuplica mi valor! (Se oyen golpes repetidos en la puerta del fondo: luego hachazos, como para derribarla: los tiros, el vuelo de las campanas, las voces y las cornetas se escuchan mas cerca, asi como el ruido de la piqueta en la pared del fondo: las campanas á lo lejos tocan á rebato.)

PEDRO. ¡Ah! ¡por aquí, en esta galeria! (Señalando la de la poterna y entrada en el subterráneo.)

MARQ. ¡Volando! (Entra.)

PEDRO. Cuida de ella, mi fiel Guillermo.

BLANCA. ¡Dios mio! ¡Dios mio!...

GUILL. Podeis matarle tranquilamente, capitan; que yo os prometo que nadie os interrumpirá la tarea... ¡Diablo! Ahora procuran entrar por la puerta: (Corriendo de un lado á otro.) no sabemos si son amigos ó enemigos y no es prudente el abrir. (Tirando los hábitos y con la pistola en la mano.)

BLANCA. ¡No! ¡no!

GUILL. ¿Señorita... no veis? esta pared se tambalea.

BLANCA. Parece que se dobla y que se viene abajo.

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Retirarse á la derecha, si no quereis ser aplastados!

GUILL. ¡Bravo! son los minadores del Monseny... nuestro es el dia! ¡Viva la libertad! (Húndese con estrépido parte de la pa-

red del fondo, y deja ver un barrio de la ciudad incendiado: algunos soldados que se baten, y caen muertos ó heridos entre las ruinas. El pueblo y los malandrines de Roque Guinart, con banderas moradas y rojas y sus espadas en la mano, saltan por los escombros y penetran en el calabozo. Algunos otros penetran tambien por la puerta derecha que han derribado. Ultimamente aparece uno de los concelleres de Cataluña, con el pendon de Santa Eulalia; á la cabeza de los malandrines, penetran Cristóbal, Antonio, Talla-ferro, y Poca-pena. Música guerrera; pero algun tanto apagada, para que deje oir bien la terminacion del cuadro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA BLANCA, GUILLERMO, TALLA-FERRO, CRISTÓBAL, ANTONIO, MALANDRINES, PUEBLO, SOLDADOS, CONCELLERES DE CATALUÑA y luego DON PEDRO.

TALLA. ¡Por aqui, compañeros!

CRIST. ¡Viva nuestro capitan!

TODOS. ¡Viva!

GUILL. ¡Magnífico! ¡Soberbio!

TALLA. ¿Pero... dónde está? ¿Dónde?

GUILL. ¡Vedle! (Don Pedro entra por la puerta de la poterna y Blanca se arroja en sus brazos.)

BLANCA. ¡Ah!

TALLA. ¡Viva don Pedro!

TODOS. ¡Viva!

PEDRO. ¡Gracias, mis bravos leones, gracias!

GUILL. (¿Y ese mozo, mi capitan?)

PEDRO. ¡Estaba de Dios, Guillermo!

GUILL. ¡Pues si estaba de Dios... que el diablo haya cargado con él!

CONC. Don Pedro Luis de la Rocha, el virey ha muerto: (Adelantándose y con dignidad.) Cataluña es libre!... En vuestras manos deposito el pendon de Santa Eulalia, para que apacigüeis la revolucion. Que no se vierta mas sangre generosa. ¡Castilla y Cataluña son hermanas! El consejo de Ciento, todo lo espera de vuestro valor y de vuestro patriotismo. (D. Pedro toma el pendon y ondeándolo sobre las cabezas de todos, teniendo á su lado derecho á doña Blanca y á su izquierda á Guillermo, dice:)

PEDRO. ¡De rodillas ante este sagrado estandarte! (Todos se ar-

rodillan.) ¡Castilla y Cataluña! ¡Viva la libertad! (Levantándose Blanca se aproxima á don Pedro y este la estrecha contra su corazon con el brazo izquierdo: en tanto que con el derecho ondea el estandarte. Cuadro animado: al final vuelven á tocar las campanas, y se oyen las músicas lejanas que van aproximándose. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 28 de Abril de 1860.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Maria.	¿Quién es el padre?	Uno de tantos.
en 1818.		Un marido en suerte.
á vista de pájaro.		Una leccion reservada.
	Rebeca.	Un marido sustituto.
	Rival y amigo.	Una equivocacion.
		Un retrato á quemaropa.
Blanco.		¡Un Tiberio!
o se entiende, ó un hom-	Su imágen.	Un lobo y una raposa.
ldo.	Se salvó el honor.	Una renta vitalicia.
contra nobleza.	Santo y peana.	Una llave y un sombrero.
do oro lo que reluce.	San Isidro (*Patron de Madrid.*)	Una mentira inocente.
	Sueños de amor y ambicion.	Una mujer misteriosa.
	Sin prueba plena.	Una leccion de corte.
		Una falta.
lo de enmienda.	Tales padres, tales hijos.	Un paje y un caballero.
rio revuelto.	Traidor, inconfeso y mártir.	Un sí y un no.
y por él.	Trabajar por cuenta ajena.	Una lágrima y un beso.
ridas las de honor, ó el	Todos unos.	Una leccion de mundo.
ivio del Cid.		Una mujer de historia.
uerta del jardin.		Una herencia completa.
o caballero es D. Dinero.	Un amor á la moda.	Un hombre fino.
veniales.	Una conjuracion femenina.	Una poetisa y su marido.
	Un dómine como hay pocos.	
	Un pollito en calzas prietas.	Ver y no ver.
nvido al Coronel!...	Un huesped del otro mundo.	
ucho abarca.	Una venganza leal.	Zamarrilla, ó los bandidos de la
rte la mia!	Una coincidencia alfabética.	Serrania de Ronda.
es el autor?	Una noche en blanco.	

ZARZUELAS.

a y Medoro.	El mundo á escape.	La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
le buena ley.	El capitan español.	La Jardinera (*Música*)
mas feo.	El corneta.	La toma de Tetuan.
	El hombre feliz.	La cruz del Valle.
na la Gitana.	El caballo blanco.	La cruz de los Humeros.
y Marte.		
Flora.	Juan Lanas. (*Música.*)	Mateo y Matea.
nando.	Jacinto.	Moreto. (*Música.*)
ariquita.		
risanto, ó el Alcalde pro-	La litera del Oidor.	Nadie se muere hasta que Dios quiere.
r.	La noche de ánimas.	Nadie toque á la Reina.
	La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.	
iller.	Las bodas de Juanita. (*Música.*)	Pedro y Catalina.
rino.	Los dos llamantes.	
yo de una ópera.	La modista.	Tal para cual.
sero y la maja.	La colegiala.	
o del hortelano.	Los conspiradores.	
ta y en Marruecos.	La espada de Bernardo.	Un primo.
en la ratonera.	La hija de la Providencia.	Una guerra de familia.
mo mono.	La roca negra.	Un cocinero.
s de carnaval.	La estátua encantada.	Un sobrino.
rio (drama lírico.)	Los jardines del Buen Retiro.	
illon de la Rioja (*Música*)	Loco de amor y en la corte.	
conde de Letorieres.	La venta encantada.	

irección de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Ferrnz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lúgo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Heréd. de Andrio
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijo
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastián	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.